

LITERATURA URUGUAYA

JOSE ENRIQUE RODO *

SU VIDA

El nombre de José Enrique Rodó era apenas conocido cuando instantáneamente se hizo, un día, célebre en Montevideo. Figuraba desde marzo de 1895, con los de Víctor Pérez Petit, Daniel y Carlos Martínez Vigil, al frente de la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales». Modestamente ocupaba el último lugar en la lista de los cuatro redactores. Había firmado en esa publicación artículos de crítica sobre letras españolas e hispanoamericanas. Es seguro que no habían reparado en ellos muchos lectores. La situación cambió de pronto cuando apareció en junio de 1896 el breve ensayo *El que vendrá*. Samuel Blixen, que escribía entonces en «La Razón», lo hizo reproducir en este diario, con grandes elogios, y su autor quedó, por este hecho, consagrado en fama de literato eminentísimo.

Aún no tenía José Enrique Rodó veinticuatro años. Había nacido en Montevideo el 15 de julio de 1871. Fueron sus padres D. José Rodó, catalán de raza y nacimiento, pero radicado en el país desde su infancia, y D^a Rosario Piñeiro, de antigua y bien conocida familia oriental. Sin particularidad notable, recibió en su casa la buena educación corriente en hogares aco-

* Se ha sustituido el trabajo original de julio 14 de 1914, por el texto más amplio de la obra *Rubén Darío y José Enrique Rodó*, 2^a ed. Montevideo, Mosca Hermanos, S. C., 1945.

modados, más atenta a los principios de la moral cristiana que a los dogmas de la Iglesia. A los cuatro años sabía ya leer gracias a la enseñanza de una de sus hermanas.

Hizo después los primeros estudios en la Escuela Elbio Fernández, fundada con el designio de infundir y avivar en la niñez, como base de conducta, el sentimiento de la dignidad humana ajeno a todo credo religioso. Propendía esa institución a desenvolver en la mayor libertad posible un sano civismo republicano. Era costumbre en ella que los mismos colegiales, cuando se producía algún incidente, juzgaran y reprendieran las culpas de sus compañeros. Allí fue José Enrique Rodó a los once años redactor principal de un periódico infantil, «Los Primeros Albores».

Iba así formándose bajo la doble influencia de una religiosidad templada, exenta de fanatismo, y una instrucción escolar celosamente laica. Disuelta más tarde en la crítica filosófica del siglo la fe de su primera edad, rechazó el catolicismo serenamente, sin odios ni rencores; porque nunca había sentido pesar sobre sí la intransigencia obcecada, y tenía ante los ojos, evidente en el ejemplo de sus mayores, la acción benéfica de la religión cristiana. Había, pues, de ser naturalmente liberal, de espíritu amplio, tolerante y generoso.

Muerto su padre en 1885, encontró sus propios cuidados y cariños en su tío y padrino D. Cristóbal Rodó, que en el deseo de habituarlo a trabajar, lo puso de amanuense en el estudio de un abogado. El muchacho no perdía allí un solo momento; pues en los ratos libres de otra ocupación abría un libro y se pasaba horas enteras embebido en la lectura.

José Enrique Rodó había dejado la Escuela Elbio Fernández para cursar en la Universidad la enseñanza

secundaria. Parece haber sufrido mucho en el cambio su aplicación de estudiante diligente: debió iniciar esos estudios en 1883, puesto que en febrero de 1885 aparece rindiendo un examen como estudiante reglamentado. Unos diez años más tarde, en noviembre de 1894, se presentaba por última vez a un tribunal examinador, sin concluir todavía el bachillerato, y obtenía en los dos cursos de literatura la nota más alta.

Su afición literaria era ya muy grande. Había dado algunos trabajos en revistas juveniles y periódicos. Como curiosidad, puede señalarse entre ellos un canto sobre *La Prensa* (1895): Son los primeros versos que de él se conocen. En mayo de 1896 la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales», publicó su soneto *Lecturas*. En «La Carcajada», revista dirigida por Pedro Washington Bermúdez, apareció en enero de 1897 una poesía suya dedicada a una artista y publicada sin su consentimiento, gracias a una infidencia amistosa de Daniel Martínez Vigil. No volvió a versificar, que se sepa, sino para componer, en obsequio de Carlos Reyles, el soneto estampado en 1916 al frente de *El Terruño*.

Desde mayo de 1895 a noviembre de 1897 dirigió la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales», que se divulgó y fue muy bien acogida en toda América. En ella tiene un medio eficaz de trabajo. Se entrega entonces afanosamente a una labor continua bajo la urgencia de la publicación periódica imposter-gable. Siente ya definida y resuelta su misión literaria, y todo lo abandona para dársele entero. Otros hagan versos y finjan historias y observen a los hombres: él se concreta a los libros; es sin vacilaciones, desde el primer instante y formalmente, un crítico. Sus artículos versan todos sobre literatura española

y americana, y especialmente sobre la producción del Río de la Plata. Eran, sin embargo, los años en que América recibía con pasmo de admiración las influencias de la reciente poesía francesa. Nada quiere saber de ellas; lo llama al trabajo el designio de promover a plenitud de expansión nuestra indecisa conciencia hispanoamericana. Todo lo encuentra por hacer: la cultura permanece relegada al acaso; carece nuestra sociedad informe de una tradición estable; le son extrañas hasta las más elementales nociones del buen gusto; no impera sobre los espíritus, aislados, un ideal común; nada nos une moralmente; fracasan, faltas de estímulo y sostén, las tentativas de creación individual. Quisiera José Enrique Rodó levantar a unánime vida todas las inteligencias americanas, con tesón y paciencia inquebrantables. Se interesa ya *Por la unidad de América*; reclama una poesía grande, humana, social; cualquier tema le es bueno para mirar desde él hacia el horizonte y lo futuro, con la esperanza evocadora de una realidad mejor.

Alentado por el encomio de Samuel Blixen a su ensayo *El que vendrá*, hizo con éste y con otro sobre *La novela nueva*, su primer opúsculo, *La Vida Nueva*, que apareció en 1897. Moría a fines de ese mismo año la «Revista Nacional». De sus trabajos para ella, corrigió e incluyó la mayor parte en *El Mirador de Próspero*; de ellos son los que en esta edición se titulan *Juan Carlos Gómez* (1895), *Divina Libertad* (1895), *Carlos Guido Spano* (1895), *Una novela de Galdós* (1897) y *Ricardo Gutiérrez*, escrito para el «Almanaque Sudamericano» (1897). Hay que destacar sobre todos, los artículos destinados a una época de la vida literaria rioplatense: *Juan María Gutiérrez* (1895), *El Iniciador de 1838* (1896) y *Arte e Histo-*

ria (1897), que integran, refundidos juntos, el más amplio capítulo de *El Mirador de Próspero*, sobre *Juan María Gutiérrez y su época*.

Víctor Pérez Petit ha contado en su obra, de valor inestimable, sobre Rodó, mil peripecias de sus comunes ajetreos motivados por la revista. Ella mantuvo a sus directores en agitación perpetua: era empresa difícil llenar sus números, y no siempre se vio el costo de la impresión asegurado con los recursos de la venta. Fue, sin embargo, muy bien acogida por la intelectualidad en América toda, y alcanzó una importancia a que jamás llegaron las publicaciones de su índole en nuestro país.

Fue el año 1897, en la historia del Uruguay, de profunda conmoción política. Estaban en guerra civil los partidos tradicionales cuando fue muerto el presidente Juan Idiarte Borda en pleno día, entre la Catedral y el Cabildo al salir de un Te Deum cantado el 25 de agosto en celebración de la Independencia nacional. Asumió en seguida el mando el vicepresidente Juan Lindolfo Cuestas, y antes de un mes se firmó la paz. Aunque la revolución no había triunfado, cayó de hecho el círculo que detentaba el poder. Juan Lindolfo Cuestas se daba a romper la situación de la víspera y prometía regular con hombres íntegros el gobierno de la República. Sus partidarios fundaron, para buscar apoyo en la opinión del pueblo, un diario, «El Orden», cuya dirección fue confiada a Carlos Martínez Vigil, entonces compañero de José Enrique Rodó en la «Revista Nacional». Algún tiempo colaboró éste asiduamente en el periódico, y fue en seguida empleado en la Oficina de Avalúos de Guerra.

El rector de la Universidad, doctor Alfredo Vázquez Acevedo, lo llamó en 1898 a desempeñar interi-

namente un cargo más en consonancia con su temperamento, la cátedra de literatura, que a poco le fue adjudicada en propiedad, por nombramiento directo, en gracia a su reconocida competencia. Escribió en esa época su estudio sobre *Rubén Darío*, impreso en 1899, y *Ariel*, que dio a luz en 1900, ambos bajo el título común *La Vida Nueva*. Le valió el uno su renombre de crítico sin par en nuestro Continente; el otro lo consagró maestro de la juventud hispanoamericana. Su ensayo sobre *Rubén Darío*, estampado al frente de *Prosas Profanas* en la edición de Bouret, corrió a todos los vientos, como la primera y más exacta interpretación del poeta de Nicaragua. *Ariel* fue varias veces reeditado fuera del país sin que su autor siquiera lo supiese.

Era vivo el contraste que ofrecían Rubén Darío y José Enrique Rodó. Para aquél no había en la vida más valores que los del arte; para éste no había en el arte valores más altos que los de la vida. Cultivaba el poeta la artificialidad exquisita, la belleza rara y estéril, el amor de lo inactual. El crítico, transformado en moralista, predicaba la misión de la hora ante el problema de la democracia. En ambos, con todo se identificaban las exigencias del gusto difícil, la riqueza de la preparación literaria, el acendramiento celoso de la expresión perfecta. La influencia de Rubén Darío fue, sin duda, preponderante, y en España, casi exclusiva. El tenía el encanto, lleno de gracia, de la forma. En José Enrique Rodó, austero artista, prevalecía el pensamiento noble. La acción de ellos sobre la literatura castellana, en particular de América, fue coincidente, y sería imposible discernir en el resultado la parte de cada uno.

Conocido y extremosamente reputado en las nacio-

nes de lengua española, José Enrique Rodó figuraba en su patria a la cabeza y muy por arriba de su generación. En 1900 se le confió la dirección de la Biblioteca Nacional mientras se instruía un sumario por desórdenes en ella. Cesó en el cargo a los dos meses (junio 19-agosto 23). Fue en ese mismo tiempo designado miembro de una comisión constituida para informar al Gobierno sobre la organización de la Biblioteca; y un año más tarde (octubre 4 de 1901), aprobados el reglamento y el plan de catálogo metódico preparados y propuestos para ella por dicha comisión, se le llamó a formar parte del Consejo Directivo Honorario que debía cooperar, en sus tareas, con el Director de la Biblioteca.

Fue, por desgracia, de muy corta duración su permanencia en la cátedra de literatura; al terminar el curso de 1901, renunció a ésta para sostener su candidatura a una diputación legislativa. De sus lecciones sólo queda el recuerdo que guardan sus discípulos. No son de ellas, o si lo son como se ha dicho, no reproducen de ninguna manera su enseñanza, unos *Apuntes de Historia Literaria* impresos por la casa editorial de Daniel Jorro en 1911.

Su intervención en la política y el periodismo data de 1897. Tras la campaña de «El Orden» pro Juan Lindolfo Cuestas, participó activamente, pero sin espectable figuración, en los trabajos emprendidos a comienzos de 1901 para conciliar las fracciones de su partido, el colorado, ante la inminencia de una derrota en las próximas elecciones. Ingresó a la Cámara de Representantes en 1902; disgustado con las intemperancias políticas del presidente José Batlle y Ordóñez, actuó desde ese período en la oposición, y reelecto de 1905 para la subsiguiente legislatura, renunció la di-

putación por desavenencias con la mayoría de su partido y en la idea de emprender un viaje a Europa y, según él mismo decía, publicar en Barcelona sus *Motivos de Proteo*. Nada podía contrariar más hondamente a su espíritu ecuánime que el ciego sectarismo del gobierno. Violentamente agitada la cuestión obrera por instigaciones oficialistas, el populacho era señor sin trabas para sus desmanes y atropellos. El nuncio de *Ariel* presenciaba con sorpresa indignada este imperio de la grosería calibanesca. Nuestra sociedad, que había ignorado por completo el fanatismo religioso, conoció por primera vez, en esos días, no en la Iglesia sino contra ella, la intolerancia despótica. No quiso José Enrique Rodó permanecer callado. Estaba frente a una bancarrota de sus ideales, y levantó la voz para defender, en honor a la justicia, una causa que en cierto modo le era ajena, el derecho del cristianismo y de la religión a la gratitud y el respeto. A partir del 5 de julio de 1906 publicaba «La Razón», primero, una carta suya contra el retiro de los crucifijos en las salas de los hospitales, y en seguida, sus contrarréplicas al doctor Pedro Díaz sobre la significación y trascendencia de Cristo y sus doctrinas. Son los artículos que forman, con una carta final, el folleto intitulado *Liberatismo y Jacobinismo* (1906).

Cambió momentáneamente la situación bajo el gobierno liberal del doctor Claudio Williman. José Enrique Rodó fue elevado en 1907 a la presidencia del Club Vida Nueva, y electo diputado para las legislaturas de 1908 y 1911. Se publicaron entre tantos sus *Motivos de Proteo* en 1909, cuando ya hacía tiempo que sus amigos esperaban algún libro suyo. En setiembre de 1910 asistió como representante del Uruguay, con Juan Zorrilla de San Martín, a las fiestas

con que Chile festejaba su centenario, y pronunció en solemne sesión del Congreso Chileno un discurso que, ovacionado con entusiasmo desbordante y transmitido telegráficamente a la prensa de Buenos Aires, le valió las felicitaciones de los presidentes chileno y argentino. Su actitud en disidencia cada vez más profundamente acentuada con la política del señor Batlle y Ordóñez fue motivo para que en 1913 se eliminara su nombre en la lista oficial de candidatos colorados. Dio ese año al público *El Mirador de Próspero*, gruesa colección de artículos, que comprende, entre obra de menor importancia y ya conocida, sus dos trabajos preferidos, los ensayos sobre *Bolívar* y *Montalvo*. Fue, desde 1912 hasta setiembre de 1914, redactor en la sección política del «Diario del Plata». Iniciada por Alemania la guerra, a pesar de muy favorables ofrecimientos, se desligó del periódico para no autorizar con su colaboración la disimulada germanofilia de aquél.

Sufrió entonces lo que él llamaba su «hora de tristeza». En Europa y en el Uruguay parecían derrotados sus nobles ideales de república y democracia. El imperialismo del Viejo Mundo aventaba en cenizas la obra de la civilización, y en el Uruguay la generación educada en las prédicas de *Ariel*, satisfecha con escalar posiciones lucrativas o cubrirse con falso prestigio, servía complaciente, en la política maromeante, los caprichos de un gobierno despótico. ¿Qué era de la generosa ilusión humanitaria? Siempre hubo algo de vana credulidad en la idea que José Enrique Rodó se hacía de su influencia inmediata. Tenía por segura la eficacia de su acción, no sólo sobre las letras, sino también sobre la vida nacional, y esperaba que por efecto de *Ariel*, América, obediente a su llamado, fuese

pura como un gran pensamiento inmune de pasiones y violencias. Debía fatalmente llegar al desengaño: vio la república entregada a una opresión despótica, y bajo ésta, una juventud «contenta y ubicada», según expresión que se ha hecho célebre. Era para él como el fracaso de su vida entera, y cayó en profundo abatimiento. Escribió todavía, por ineludible necesidad económica, en el diario «El Telégrafo». Su mayor deseo era desentenderse de la política nacional. La revista argentina «Caras y Caretas» lo envió a Europa, de corresponsal. Bastó la noticia de su próximo alejamiento para que de pronto la opinión pública se levantara contra la situación desdolorosa en que se le tenía. Se formuló el proyecto de crearle en la Universidad, con pingüe remuneración, una cátedra de conferencias; pero no quiso aceptarla. Estaba resuelto a irse de su patria, y no consintió en recibir un empleo que deberían votar a regañadientes los secuaces del gobierno. La juventud independiente lo despidió con una gran manifestación de simpatía: era nada más que la despedida ante un viaje y parecía un adiós eterno. El la agradeció con palabras de aliento y de esperanza, las últimas que había de pronunciar en público ante nosotros, las de siempre en su apostolado perseverante de heroico optimismo. Partió el 15 de julio de 1916; estuvo de paso en Portugal y España; y hacía ocho meses que se hallaba en Italia, de la que visitó a Florencia, Turín, Roma, Nápoles y Milán, cuando una enfermedad lo extinguió rápidamente, en pocos días. Había llegado a Palermo, en Sicilia, el 17 de abril; cayó enfermo y permaneció sin ninguna asistencia médica hasta que su estado se hizo gravísimo; el 30 de ese mes fue transportado al hospital San Saverio, donde murió el 1º de mayo de 1917. Se le dio sepultura en

el cementerio local, y fue después difícil encontrar sus restos cuando se resolvió traerlos a su patria ¹.

Al saberse en Montevideo su fin, la consternación fue enorme. Hasta los que habían hecho ludibrio de su nombre consideraron oportuno vocear una adhesión innecesaria. Nadie habló en ese momento con más aparato que, en la Cámara de Representantes, un director de diario en que poco antes se publicaba, para mejor dos veces, en un soneto, el mayor insulto inferido a José Enrique Rodó. Llovieron homenajes; todo el mundo quiso mostrarse a la altura del «maestro» sea por el comentario de sus ideas y la apreciación de su arte o por alguna incidencia personal acomodada en anécdota de compañerismo y camaradería. Se le votó una estatua. Sus restos, traídos al país por una comisión oficial, estuvieron expuestos al homenaje pú-

1 Se ha dicho en un diario de Montevideo que entre los papeles de Rodó fue hallado «un tratamiento en que un médico de Turín o de Roma lo declaraba» afectado por cierta imposibilidad fisiológica. La información produjo escándalo. Ella fue censurada, pero no se examinó su fundamento. Diremos, con disgusto, dos palabras solamente, lo indispensable, para corregir una falsa impresión del público. Choca desde luego la forma en que fue dada la noticia. Se habla de «un médico de Turín o de Roma» y esa imprecisión indica una incertidumbre que puede extenderse a los demás puntos de información. Se dice que el dato estaba en un «tratamiento», y no es concebible que un «tratamiento» contenga la «declaración» aludida. Todo hace creer que no hizo el médico esa «declaración», sino más bien que el periodista dedujo del «tratamiento» su dato; y así las cosas cambian completamente, porque el tratamiento, lejos de suponer la imposibilidad estricta, revelaría lo contrario, pues no se «trata» lo que no existe. — Por otra parte, es cosa perfectamente sabida que no hay síntoma exterior, salvo casos de extirpación o atrofia manifiesta, que permitan hacer la declaración que se atribuye al «médico de Turín o de Roma». Hemos consultado para fundar esta nota a varios especialistas de los más notables por su competencia, y ellos nos han confirmado, sin discrepancia, en la opinión de que la imposibilidad referida no es nunca absoluta, no existe sino pasajeramente y por causas subjetivas, y en ningún caso puede comprobarse por examen médico.

blico en el atrio de la Universidad, y se guardan ahora en el Panteón Nacional. ¡Es la apoteosis! Más valdría el estudio inteligente hecho con simpatía sincera; más hubiera valido un poco de solicitud, a tiempo, con el escritor vivo.

En 1909 advertía José Enrique Rodó al frente de *Motivos de Proteo* que éstos eran tan sólo una parte de lo que tenía escrito entonces para esa obra. Cuando lo consultamos en 1914 para hacer nuestro estudio sobre él, daba como pronto para publicar, una vez retocado ligeramente, material bastante para dos nuevos tomos de ese libro. Nos exhibió en aquella ocasión varias pequeñas libretas con apuntes sueltos, muchos de una sola palabra, pero ningún manuscrito extenso que pudiera constituir un libro. Todavía al tiempo de embarcarse de viaje a Europa anunció, y se dijo repetidamente, que imprimiría en España trabajos inéditos. Su hermano Alfredo Rodó asegura que llevaba unos nuevos *Motivos de Proteo* y un estudio sobre la lírica española. Un librero interesado en publicar algo de Rodó cuenta que tuvo en sus manos un largo trabajo titulado *La Gesta de Proteo*. Muerto el autor, nada se ha hallado, a pesar de las medidas tomadas para salvaguardar sus escritos. Es posible que las informaciones citadas presenten como obra concluida simples proyectos. José Enrique Rodó había tomado la costumbre de exagerar en bulto lo que producía desde que alguien, despectivamente, indicó, después de *Ariel*, que su espíritu se agotaba en folletos. Quizá de este reproche le nació la idea de hacer con *Motivos de Proteo* una obra interminable, abierta a indefinidas continuaciones. Es también posible que sólo por engrosar su labor acumulara a sus dos ensayos predilectos, *Bolívar* y *Montalvo*, otras muy diversas páginas

de escaso interés y adoptara para *El Mirador de Próspero* un formato descomunal.—¿Cómo explicarse que desde 1909, si tenía otros *Motivos*, no los diese a luz en los ocho años que transcurrieron hasta su muerte?

Después de ésta se han publicado con su nombre en la casa editorial Cervantes, de Valencia, dos obras, *El Camino de Paros* y *El que vendrá*. En la primera están reunidos casi todos sus últimos artículos; en el segundo aparecen, con otro de éstos, los que dio a la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales» y fragmentos de cartas sobre *Motivos de Proteo* que llevan por título precisamente el que se atribuye a una obra perdida, *La Gesta de Proteo*. ¿Hay en esto una simple coincidencia de nombre, o se trata, según parece mejor, de los mismos originales, que fueron equívocadamente considerados como otro libro?

SU CARACTER

La celebridad ha acompañado a José Enrique Rodó en su aislamiento. Soltero, como sus cuatro o cinco hermanos, vivió siempre en familia, con su madre y con ellos, entregado por completo a las letras. Sus obras no le produjeron siquiera el bienestar necesario para trabajar en ellas sin preocupaciones mezquinas. Pueden encontrarse en *Motivos de Proteo* y, más claramente, en *El Mirador de Próspero* pocas pero significativas palabras sobre este particular. Hay escritores que se confiesan al público sin ambages ni pudor: José Enrique Rodó no era de su número, y por eso mismo sus frases sueltas y escondidas tienen sentido mucho más hondo que las corrientes declamaciones desvergonzadas. No habla de sí cuando presenta en *Impresiones de un drama* la situación general de los artistas ame-

ricanos. Sin duda por eso, deja adivinar en cuanto expone, lo que nunca hubiese declarado en otra forma. «No hay lugar — escribe — a temer que la codicia de dinero lleve a nuestros autores a un aplebeyamiento reprehensible; no es el caso de recordar que «el vulgo es necio, y pues lo paga»... etc.; no porque se trate de un vulgo que haya dejado de ser necio, sino porque se trata de un vulgo que no paga». Cada nuevo libro suyo ha sido un triunfo más en su carrera literaria. Su artículo *El que vendrá* fue su primer gran éxito y su consagración definitiva en el Uruguay; *Rubén Darío* extendió a la República Argentina el renombre conquistado en Montevideo; *Ariel* encontró camino abierto, por sus producciones anteriores, a España y toda América; el público agotó en dos meses, caso único en el Río de la Plata, la primera edición de *Motivos de Proteo*; todos los ejemplares de *El Mirador de Próspero* fueron adquiridos por un librero la misma semana que se puso en venta la obra. El entretanto, a medida que su fama se difundía en las naciones de lengua castellana, ha debido sentirse cada vez más solo entre sus coterráneos. Renán, su maestro, repetía frecuentemente que la humanidad existe sólo por sus cuatro o cinco mil espíritus capaces de nobleza y que «la vulgaridad de los hombres hace de la soledad moral el lote obligado de quien los excede por su genio o su corazón». El renombre está hecho siempre, en su mayor parte, de admiraciones ciegas o absurdas. Es muy posible que José Enrique Rodó le hubiese preferido la compañía amistosa de varias personas semejantes a él por su cultura y por su inteligencia. En el estudio sobre Montalvo habla con amargura de la mala suerte social que en América toca a sus congéneres.

«Queda — escribe — el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común, desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menosprecio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal o afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América española ha sido, en escala mayor «soledad de villorrio»...

«Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento o no lo deje percibir en la callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudescen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales de ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo».

En 1905, cuando todavía era *Ariel* su último libro, G. Martínez Sierra fantaseaba un retrato de José Enrique Rodó que no se le parece en nada. «Sobre su persona — decía — podemos acumular todas las imaginaciones simpáticas; podemos suponer la palabra vibrante, el acento efusivo, los ojos soñadores, la frente grave, la sonrisa grata, la amable juventud y la madurez no menos llena de amabilidad, la lozanía del ingenio y la sal de la moderación, ya que así nos lo muestra su obra, que es lo único que de él conocemos». Es curioso este retrato, porque está hecho de acuerdo con la obra y a pesar de eso no corresponde con el escritor. Siempre tuvo José Enrique Rodó la expresión adusta y reservada. Con los años sus facciones se abultaron debido a una inflación general. La mirada in-

móvil tras los cristales de sus lentes; el rostro, carnoso y abotagado; la tez, borrosa; la nariz, grande y gruesa; gruesa también la boca; el bigote, duro, caído y enmarañado, al igual que las cejas; tosca la frente, y sobre ella, lacio el pelo rebelde; su fisonomía era como una máscara sin emoción ni inteligencia.

La más cumplida cortesía gobernaba sus maneras en el trato, que él mantenía distante, sin intimididad, sin indiscreciones, sin confidencias. Es fama que mientras fue profesor no puso nunca los ojos en los oyentes durante sus disertaciones de clase. De costumbre, para dirigir la palabra a sus discípulos se volvía de lado, se arrellenaba en la silla sentándose en el borde y pasando sobre el respaldo un brazo, y hablaba monótonamente, como abstraído, con la mirada fija en el dintel de la puerta, apoyado en la mesa el otro brazo, levantando y dejando caer, abriendo y cerrando por momentos su mano. No sentía la necesidad de escudriñar en las fisonomías del auditorio los efectos de su palabra. Era como si una pared lo separase de todos los presentes.

Probablemente hubo en su vida, como en el rey hospitalario de *Ariel*, dos partes: una está en lo que libraba al público, en sus obras y en su acción civil; otra, tan celada y oculta que no se entrevé ni adivina, y podría negarse, en su existencia privada. Era un tanto insólito encontrarlo durante las horas de la mañana y de la tarde en las calles de Montevideo. Solo por lo general, extraño a todos, pasaba entre la gente, descollante por su estatura, desgarrado, desprolijo, andando a paso lento pero largo, la cabeza echada atrás con el mentón casi apoyado en el cuello entre los hombros altos y desiguales, el tronco rígido, los brazos caídos y oscilantes, las manos grandes, flácidas,

abiertas. Se ha comparado su aspecto al cóndor, majestuoso en el vuelo que señorea alturas y torpe en la marcha sobre el suelo impuro: sin la menor irreverencia, dejando aparte lo que en la comparación alude a su pensamiento, podría hallarse para su estampa un símil de representación más exacta en las aves zancudas.

Frecuentaba de noche su tertulia de café, donde, siempre circunspecto, chanceaba y reía de buena gana, sin franquearse nunca, ni beber sino agua mineral o té, según el testimonio de sus allegados.

Sus compañeros de todo momento eran los libros; por ellos gozaba, en trato asiduo, toda grandeza humana, lo mejor de los mejores hombres. En épocas diversas pasó, días tras día, horas incontables leyendo, primero en la biblioteca de la Universidad, después, en la Nacional y en la del Ateneo. Víctor Pérez Petit asegura que fue sumamente aficionado a Platón. El dato es instructivo: en Platón pudo alimentar su ingénito gusto por la sabiduría amoldada en belleza, recrearse en una república gobernada por la política de filósofos y aprender a animar sus ideas en parábolas como ilustraba aquél sus pensamientos con mitos. Cuando un positivismo árido y rígido era ley en la inteligencia de la juventud oriental, él se volvía con respeto cariñoso hacia las grandes almas inquietas ante el misterio infranqueable. Fue sin duda un discípulo de Comte y de Spencer, pero un discípulo descontento. La ansiedad humana se rebelaba en él contra la indiferencia metafísica.

«La duda, — escribía — es en nosotros un ansioso esperar, una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores, una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos no



sabemos a quién. Nos llaman, no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido². «Yo soy un modernista también, — declara en otro lugar³; — yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento de este siglo, a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desnaturalizarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas».

Nunca precisó tales concepciones sin embargo. Su gran maestro fue Renán. Tal vez no aprobó plenamente su ironía, la sonrisa en que envuelve sus conjeturas más aventuradas; pero en todo caso, profesó como un culto de amor a su espíritu libre, amplio y sereno. Taine, especialmente por su crítica literaria, y Guyau completan el número de sus primordiales educadores. Hay que descartar, contra una suposición corriente e infundada, a Charles Renouvier, Henri Bergson y Emile Boutroux. No los conoció, o los conoció poco y tarde, cuando ya estaba su personalidad hecha con indesarraigables ideas anteriores. La influencia, sólo accidental, de estos y otros nuevos filósofos, no alteró nunca su recia contextura íntima. Fue un ecléctico cerrado en el reducto de las convicciones comunes aunque atento al ruido de la palabra ajena.

Extraño a su medio, buscó en los libros la vida superior que su espíritu requería, y así fue casi un enclaustrado de biblioteca. Se lo han reprochado algunos detractores. Cuidó, sin embargo, que su librería tuviese una ventana para asomarse, desde lo alto, al mundo y ver a los hombres; hizo más aún: recogió en pacientísima labor el fruto de sus meditaciones y lec-

² *El qué vendrá.*

³ *Rubén Darío.*

turas, y lo brindó a todos para que todos compartiesen el mejor regalo de su existencia.

SUS PRIMEROS TRABAJOS

De niño había encontrado en la casa de sus padres algunas viejas obras americanas, que fueron el primer incentivo de su vocación. El mismo ha encomiado, a propósito Juan María Gutiérrez «aquella insustituible unción literaria que se adquiere en el hogar doméstico cuando en él hay una biblioteca escogida y se oye hablar con interés y gusto en cosas de letras — género de iniciación que rara vez suplen del todo las influencias del colegio ni de la lectura hecha en plena juventud». De Ricardo Gutiérrez dice: «Lo leí de niño, y su poesía, que desde entonces quedó vibrante en lo más hondo de mi alma, tiene para mí el secreto encanto de las cosas que evocan recuerdos dulces y queridos». «Fue, cuando yo empecé a saber de poesía, uno de mis poetas». No era para éste, sin embargo, su estimación más alta entre los escritores del Río de la Plata. En Juan María Gutiérrez, figura de su propio tipo, faltó como él de aptitud creadora, y como él sobresaliente en la función de la crítica, había de gustar aquellas mismas cualidades que, a su vez, también él iba a poner en su producción futura.

Hay, en efecto, una semejanza curiosa entre ambos: fueron los dos, para su lugar y tiempo, de los hombres de más vasta cultura y juicioso criterio en punto de letras; se empeñaron de igual modo en suscitar, contra lo extranjero y artificioso, un ideal americano; dieron por fin, con superior maestría, ejemplo de extraordinaria habilidad en el uso del lenguaje.

Era, pues, natural que hiciese de Juan María Gutié-

rez centro y cumbre del estudio en que revista literariamente a la «generación luminosa y viril, nacida, como primogénita de la libertad, entre el fragor de la epopeya de América». Celebra su nombre sobre todos los de la época; en su poesía aplaude la discreción que hermana con las clásicas formas de Juan Cruz Varela el espíritu romántico de Esteban Echevarría, en temas rioplatenses; de su acción en la prensa destaca su actitud no por serena menos afirmativa; se complace en mostrar cómo, en un género que no era para sus dotes más notables, atinó a hacer, con la observación de las costumbres, cuadros de buena gracia; pero nada encarece tanto como su magisterio de crítico: la información amplia, el gusto de la reflexión, su discernimiento agudo, la seguridad equilibrada que la sobrepone al tumulto de opuestas corrientes, su diligencia para investigar los orígenes del americanismo poético: todo lo admira en este aspecto de Juan María Gutiérrez.

«Nadie como él — escribe — realizó en su medio incipiente, esa serenidad superior que parece secreto de las civilizaciones maduras; esa capacidad de comprender que, a diferencia de la falsa amplitud nacida de la incertidumbre escéptica o de la palidez de alma, deja percibir, como fondo, las preferencias de gusto, de admiración o de ideal, que imprimen carácter y dan nervio a la personalidad del escritor. Era una naturaleza de crítico, en cuanto esta palabra expresa, esencialmente, una idea de simpatía y no de resistencia, de solidaridad de la imaginación antes que de frío análisis. Era de los que saben por sí propios que en la complejidad del alma del crítico grande y eficaz, fue siempre indispensable elemento aquella misma sustancia etérea, vaga, dotada de virtualidad infinita, apta para ajustarse a toda acción y a toda forma, que veía el gran Diderot en el alma inconsecuente del cómico». «Fue el estudioso desinteresado, en una generación de combatientes y tribunos; fue, en ella, el que se mantuvo fiel hasta morir

al sueño literario, concebido antes de la juventud, inmune entre los afanes de la edad madura, y acariciado todavía con el amor de la vejez, a modo de la primorosa flor silvestre que, recogida en el paseo de la mañana, sirve de embeleso a todo el día y queda aún fragante, por la noche, junto al libro que se cierra para dormir.

¿Qué otras palabras pueden aplicarse mejor que éstas suyas al mismo José Enrique Rodó? Veía en Juan María Gutiérrez la anticipada realización de su propio ideal, y se definía sin quererlo cuando, lleno de entusiasmo afectuoso, evocaba su figura de maestro. Les fue común el propósito de animar el pensamiento de América, y se dedicaron a su ulterior y más completo desarrollo.

A este fin encaminaba ya José Enrique Rodó su inicial labor crítica. De todos los periódicos y todos los libros aparecidos tiempo atrás en Montevideo, extracta y resume la esencia del americanismo en el orden social, en el sentimiento de la naturaleza y en la poetización de la historia. No lo arredra la mediocridad insoportable de esa literatura envejecida para siempre en pocos años. Hurga en ella tras la posible revelación de lo ignorado. Estudia los movimientos literarios que se produjeron hacia 1840 en Montevideo y Chile: en ellos destaca a Juan Cruz y Florencio Varela, Esteban Echevarría, Juan Bautista Alberdi, Marcos Avellaneda, Miguel Cané, Juan Crisóstomo Lafinur, Félix Frías, Carlos Tejedor, José Mármol, Rivera Indarte, Luis L. Domínguez, Vicente Fidel López, Florencio Balcarce, Domingo Sarmiento, Andrés Bello, Francisco Acuña de Figueroa, Carlos Villademoros, Araucho, Bartolomé Hidalgo, Marcos Sastre, Andrés Lamas, Adolfo Berro, Juan Carlos Gómez, Manuel L. Acosta, Alejandro Magariños Cervantes; de los más,

apenas hace una mención ligera, de paso; ni en los principales se detiene sino para señalar su contribución efectiva al descubrimiento y la emancipación de la originalidad americana. Este trabajo de José Enrique Rodó estaba fatalmente condenado a ser irregular y fragmentario por la inabarcable amplitud de su objeto y las insuficiencias de los precedentes conocidos. Difícil es seguir en estas páginas su fundamental pensamiento; falta un hilo que dirija y lleve claramente la atención a través de sus muchas paradas y largos desvíos. Acaso en gran parte se deba esto a que el artículo sobre *Juan María Gutiérrez y su época* es una simple refundición de otros cuatro, escritos entre 1895 y 1897.

LA VIDA NUEVA

A pesar de estas investigaciones históricas, no era el pasado lo que solicitaba con palpitación más honda el interés de José Enrique Rodó. Son del mismo tiempo, además de varias críticas sobre cosas del momento literario, los ensayos que forman el primer folleto de *La Vida Nueva* y que intentan desentrañar en la imprecisa actualidad, conmovida por la incertidumbre de sus destinos, la gestación de un arte futuro conforme con el alma de nuestros días.

Adopta el autor en ellos una actitud de expectativa ante la zozobranza desorientación general. En la novela el realismo ha agotado su vitalidad con el inventario de las ocurrencias vulgares, mientras, por su lado, la gran poesía, retraída al Parnaso en odio a la bajeza común, se ha hecho dura como el bronce y fría como el mármol de los monumentos que sobreviven a las civilizaciones muertas. Sólo débiles y apagadas, con el secreto de la intimidad ajena a las multitudes, suenan,

dispersas y oscuras, las voces de una rara y nueva sensibilidad poética. Entre tanto el espíritu exigente sufre «la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro»; hace falta un verbo que sea «fuerza de amor» entre los hombres y los concite a un ideal necesario:

- «En nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre»...

El que vendrá es el llamado anhelante de un optimismo que espera, en las angustias de lo presente, la revelación de un espíritu nuevo que responda a las inquietudes e incertidumbres del momento.

Dio motivo a *La novela nueva* el debate provocado en España por Carlos Reyles con sus academias⁴. José Enrique Rodó tomó resueltamente partido por su compatriota: Reclama nuestro tiempo una clase de novela adecuada a la complejidad creciente del espíritu. No ha de ser ella un mero lenitivo para los trabajos interiores, solaz y entretenimiento que, sin ninguna eficacia real, diviertan de los afanes ordinarios a la mente fatigada. Vana sería su acción si, como lo aconsejaba con desahogo D. Juan Valera, sólo nos procurase, para contento de una hora, «desenlaces trascendentales y dichosos» en aventuras imaginarias.

«Rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las de los que nos precedieron sólo vieron la sombra, y hay un

⁴ Juan Valera, *El Superhombre y otras Novedades*, «El Extraño», *Sobre la novela de nuestros días*, *Del progreso en el arte de la palabra*.

inmenso anhelo que tienta cada día el hallazgo de una nueva luz, el hallazgo de una ruta ignorada, en la realidad de la vida y en la profundidad de la conciencia». «Nosotros concebimos nuestro arte señor de sí, desinteresado y libre; pero no creemos que la más poderosa inspiración que guía su marcha entre los hombres pueda nacer de la indiferencia o del desdén por lo que pasa en nuestras almas».

Quiere José Enrique Rodó que la novela nueva sea el pan que, amasado con sudor y sangre, confiera eternidad en la belleza a nuestras postraciones y nuestros ideales.

El mismo año que «La Revista Nacional» publicaba *El que vendrá* aparecían en libro allende el Plata, *Los Raros y Prosas Profanas* de Rubén Darío. Todo un volumen de entusiasta elogio dedicaba el poeta a los autores modernistas que José Enrique Rodó, en pocas páginas, despachaba insatisfecho, a la espera de una literatura más alta y honda. Es curioso el dato porque patentiza la divergente inclinación de los dos escritores, y porque, después aquella misma poesía tan ligeramente rechazada por su insuficiencia, en sus más caracterizados representantes extranjeros, iba a ocupar toda la atención del crítico oriental en la obra de Rubén Darío, y así obtendría ella, en gracia a un nombre americano, lo que no había logrado por sus mejores prestigios europeos. En Rubén Darío estudia José Enrique Rodó con amor la misma poesía que en autores de Francia lograba interesar apenas, como curiosidad y con descontento, su inteligencia.

RUBEN DARIO

Precisamente el primer punto que José Enrique Rodó considera en su estudio sobre Rubén Darío es la con-

dición de éste, extraña por completo a América. «No es el poeta de América» repite; y aunque deja abierta a sutiles desentrañamientos la posible existencia de una nota peculiar de raza o ambiente en *Prosas Profanas*, él, incrédulo por su parte, se desembaraza del asunto para analizar deleitosamente el arte insólito y exquisito de esta poesía nueva en la lengua castellana.

Señala como nota la más genuina de Rubén Darío su gusto por lo raro, que es, en otra forma, adhesión a la vulgaridad; y haciendo con este rasgo de fisonomía, tema sobre la orientación del estetismo refinado de que se aparta de los grandes intereses vitales, declara orgullosamente que él, por su parte, sabe sentir, sin limitación de escuela, fuera de las normas preferidas y del credo profesado, toda belleza, cualesquiera que sean sus atributos y sus títulos.

«Presumo tener — escribe — entre las pocas excelencias de mi espíritu, la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud. Soy un dócil secuaz para acompañar en sus peregrinaciones a los poetas a dondequiera que nos llame la irresponsable voluntad de su albedrío; mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad».

Salva sin embargo, reiteradamente, cuando más seducido se muestra con la magia encantadora del poeta, su opinión invicta de literato militante. Quita su conciencia con esos descargos, nada restringe su admiración ante las maravillas del arte que en su estudio a cada paso encuentra.

No es su placer el de la ignorancia sorprendida con impresiones de novedad. Gracias a un claro sentido crítico y a su erudición vasta, discierne, en la armonía impecable de Rubén Darío, la múltiple influencia de los modelos asimilados; pero de ellos descarta a

Baudelaire, sin duda porque atento a los secretos de la forma peregrina, se da todo a ella, y entregado a la emoción poética, no ve que el arte de *Prosas Profanas* oculta un alma desemejante a la suya en todo lo que no es arte.

No se contenta con dar, sobre la poesía que estudia, una información exacta; no le basta comprenderla y gustarla; necesita hacerla suya en propia y doble creación; y como en competencia con el artista a quien está analizando, reproduce, con maestría experta, en la fina prosa de sus comentarios, la elegancia alada, el sutil primor y la gracia de los versos. Es la manera habitual de Théophile Gautier. «¿Tocar así la obra del poeta, para describirla como un cuadro, con arreglo a un procedimiento en que intervenga cierta actividad refleja de la imaginación, es un procedimiento legítimo de la crítica? Sólo puede no serlo por la incapacidad de quien lo haga valer». No hubiera él escrito sobre sus glosas tales palabras si temiera la prueba de una comparación desfavorable con Rubén Darío.

Tenía plena conciencia de su talento y se apreciaba con valiente dignidad. Su *Rubén Darío* fue como un alarde magistral de amplia cultura y juicioso criterio. Es muy otra cosa *Ariel*. No se trata aquí, por cierto, de una poesía rara y frívola; América y su porvenir inspiran ese tercero y último folleto de *La Vida Nueva*, que es todo él una exhortación social.

ARIEL

Desde 1898 estaba José Enrique Rodó, por su cátedra de literatura, en relación directa con la juventud estudiosa, ejerciendo sobre ella, en los términos cir-

cunscriptos del aula, una función característica de su espíritu; el magisterio. Era, por natural tendencia, educador, y quiso que su profesorado trascendiese desde el reino universitario a los confines de América.

Ariel es un discurso dirigido a la juventud del Continente para orientarla a su destino más noble. Lo pone José Enrique Rodó en boca de un maestro que, terminado el curso, despide a sus discípulos, congregados por última vez, en la sala de sus coloquios, presidida por una efigie de Ariel. De aquí el nombre, que es un símbolo.

«Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y torpeza, con el cincel perseverante de la vida».

«Invoco a Ariel como a mi numen» — dice el maestro, y sintiendo su ánimo sobrecogido por una impresión religiosa, agrega: «Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada».

La obra, de índole menos doctrinaria que moral, es de una amplitud sin par en América y su hora. La invocación a la idealidad constituye su único intento, pero, mezclada a ella, hay consideraciones interesantes sobre el carácter de la vida pagana y del cristianismo, sobre la concepción democrática, el estado actual de Norte América y el futuro posible de la civilización sudamericana.

Es, primero, un elogio a la juventud definida, en sus dotes primordiales, como fuente inagotable de fe

y esperanza. Es, en seguida, un estado perenne de juventud presentado como indispensable condición para el desenvolvimiento feliz de los hombres y de los pueblos. Grecia y el cristianismo, los dos más grandes impulsos de la civilización europea, son descritos, en sus orígenes, como formas rientes de juvenil expansión. Con magistral brevedad presenta José Enrique Rodó las dos tendencias contrarias en páginas deliciosas.

«Hubo una vez en que los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización, y en que un soplo de adolescencia encantadora pasó rozando la frente serena de una raza. Cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextinguible. Grecia es el alma joven. «Aquél que en Delfos contempla la apiñada muchedumbre de los jonios — dice uno de los himnos homéricos — se imagina que ellos no han de envejecer jamás». Grecia hizo grandes cosas porque tuvo, de la juventud, la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sais, decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: *No sois sino unos niños*. Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo. Absorto en su austeridad hierática, el país del sacerdote representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscriptas de las actitudes de su alma, como el gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, solo encuentra una estéril noción del orden presidiendo al desenvolvimiento de una civilización que vivió

para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena.

«Las prendas del espíritu joven — el entusiasmo y la esperanza — corresponden en las armonías de la historia y la naturaleza al movimiento y a la luz. Adondequiera que volváis los ojos, las encontraréis como el ambiente natural de todas las cosas fuertes y hermosas. Levantadlos al ejemplo más alto: La idea cristiana, sobre la que aún se hace pesar la acusación de haber entristecido la tierra proscribiendo la alegría del paganismo, es una inspiración esencialmente juvenil mientras no se aleja de su cuna. El cristianismo naciente es en la interpretación — que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética — de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible. De juventud del alma o, lo que es lo mismo, de un vivo sueño de gracia, de candor, se compone el aroma divino que flota sobre las lentas jornadas del Maestro, al través de los campos de Galilea, sobre sus prédicas, que se desenvuelven ajenas a toda penitente gravedad, junto a un lago celeste, en los valles abrumados de frutos, escuchadas por «las aves del cielo» y «los lirios de los campos», con que se adornan las parábolas, propagando la alegría del «reino de Dios» sobre una dulce sonrisa de la naturaleza. De este cuadro dichoso están ausentes los ascetas que acompañaban en la soledad las penitencias del Bautista. Cuando Jesús habla de los que a él le siguen, los compara a los paraninfos de un cortejo de bodas. Y es la impresión de aquel divino contento la que, incorporándose a la esencia de la nueva fe, se siente persistir al través de la odisea de los evangelistas; la que derrama en el espíritu de las primeras comunidades cristianas su felicidad candorosa, su ingenua alegría de vivir y la que, al llegar a Roma con los ignorados cristianos del Trastevere, les abre fácil paso en los corazones; porque ellos triunfaron oponiendo el encanto de su juventud interior — la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo — a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos».

Quisiera José Enrique Rodó ganar para los destinos de América el espíritu cristiano «en los moldes de la elegancia griega». Predica un optimismo inteligente, basado, no en la imposible negación del mal, sino en la acción feliz del esfuerzo perseverante. Comunica a

la generación que afronta la vida, un entusiasmo confiado para que así pueda convertir en realidad la «promesa de lo mejor».

Su ideal, inasequible, — él lo sabe — es hacer de cada hombre «un ejemplar no mutilado de la humanidad», «un cuadro abreviado de la especie» con «la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza». Sueña para todos la plenitud de una vida propia no desviada, en normas impuesta, de la idiosincrasia personal, y en lo posible, abierta, sin excepción ni mengua, a cuantos intereses levantan, sobre las condiciones puramente animales, nuestra privativa condición humana. En todo caso conserve el espíritu la preeminencia de la serenidad y el superior estímulo del amor a las grandes cosas humanas; no se dé nunca al egoísmo ni a las bajas exigencias de los apetitos materiales; salve por lo menos, para el ocio de la meditación, una parte de su vida cuando no puede dedicársela toda ⁵.

El tráfigo absorbente del moderno industrialismo conspira contra los intereses del alma, y en particular contra la belleza, la más delicada forma del placer

⁵ Se ha objetado contra José Enrique Rodó que en *Artel* predica el desinterés y el ocio a pueblos jóvenes y faltos de estímulos vitales y entregados a una incuria culpable en el seno de una tierra pródiga y abandonada. Es efectivamente verdad que la América del Sur no ha sido hasta ahora presa del utilitarismo. En ella están la industria y el comercio en manos extranjeras que vienen a explotar y recoger la riqueza virgen del Continente; pero no era misión para espíritus como José Enrique Rodó incitar al trabajo material productivo. Pudieron hacer eso quienes sentían la conveniencia de una acción económica. Precisamente José Enrique Rodó contestaba a los apóstoles de ese credo. Su obra no iba encaminada a apartar la juventud de un tráfico imperante, sino a prevenirla contra las exhortaciones y los ejemplos que ponían toda grandeza en el avasallamiento del mundo por las energías del instinto y la dominación material. El no enseñó a levantar fábricas y talleres: otra cosa fue lo que hizo: indujo a pensar y vivir alta y noblemente.

intimo. La ola democrática amenaza, con empuje creciente de niveladora grosería, toda superioridad jerárquica en el orden social. Se impone la defensa ante esos peligros inevitables, si la América del Sud, latina de abolengo y corazón, ha de ser algo más que un mercado rico y próspero según el ejemplo de la raza anglosajona de la América del Norte. Es necesario establecer en la conciencia de los hombres el imperio del ideal y promover en las repúblicas la «superioridad de los mejores» con el «consentimiento libre» de todos. «La igualdad democrática puede significar una igual posibilidad, pero nunca una igual realidad, de influencia y de prestigio, entre los miembros de una sociedad organizada».

José Enrique Rodó confía, sereno, en la suerte que el porvenir depara a la humanidad. Su apostolado optimista anuncia una era de justicia y nobleza.

«Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía, y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado, en una fórmula inmortal».

Tal es, en su esencia, el pensamiento de *Ariel*. Su desarrollo se extiende a múltiples temas relacionados con estos dos puntos centrales de la obra: la actitud obligada para todo hombre capaz de conciencia, ante el deber de elevarse a una vida superior; y la situación que ofrece, al cumplimiento de ese deber, la democracia en su estado actual.

Nada es nuevo en *Ariel* sobre esos tópicos. La integración espiritual del paganismo naturalista y la pie-

dad cristiana, que José Enrique Rodó sueña. satisface en él. plenamente, el amor del arte y la nobleza de las aspiraciones morales. No le basta el placer intelectual de la razón y la filosofía especulativa; también le es necesario y reclama, para una emoción más honda, un motivo, un objeto que no conocieron en la antigüedad clásica sino los hombres mejor dotados. Quiere que la vida se extienda, en todos, más allá de la individualidad egoísta, a una participación activa en lo transcendental. No es ciertamente el deísmo abstracto de los filósofos racionalistas ni una religión positiva lo que su alma exige: un resto de la fe extinguida, que, aun desechada la creencia, alienta en el sentimiento de una realidad superior a los bienes del mundo, pide para el vacío de la religiosidad sin religión, mucho más que un ideal, y al mismo tiempo, mucho menos que un rito: la presencia de lo divino en lo humano, la posesión, cada vez más amplia y segura, de cuanto prometió a la esperanza engañada el deseo infinito. El cristianismo le hace imposible la vida pagana, y le falta, con todo, la fe del cristiano: ¿cómo aquietar su espíritu entre las dos tendencias contrarias? ¿qué nuevo ideal promueve?

El no lo declara ni insiste lo suficiente en sus ideas madres para que de éstas pueda ser deducido. Espera del progresivo desenvolvimiento histórico el trabajo de conciliación entre la antigüedad pagana y el cristianismo. Es evidente que le interesa más la actitud cordial que la concepción ideológica. Reclama espíritus serenos, curiosos, con inteligencia tolerante, de cuantas manifestaciones de pensamiento se produzcan, ricos de vida interior, libres en el ocio antiguo. «No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros» — aconseja.

Le importan menos las ideas que el pensamiento. Es en esto y en otras cosas — pero no en el estilo, a pesar de cuanto se ha dicho —, un discípulo de Renán, «el más amable entre los maestros del espíritu moderno». Quizá por eso, para no repetirlo inútilmente, pasa muy por encima ese punto y los demás principalísimos, en que está con él de acuerdo, y se detiene, al contrario, para rectificarla, en su opinión no compartida, sobre la democracia. Así *Ariel* que hace del cristianismo la mitad del ideal futuro, no expone las ideas de José Enrique Rodó a su respecto; el escritor se contenta con remitirse de paso a la interpretación de Renán.

Ariel está en gran parte, destinado a defender, por un lado contra las críticas de Renán, y por otro contra el ejemplo de los Estados Unidos, el régimen democrático. Sorprende que en este punto se haga apenas mención de Taine y su obra *Origines de la France Contemporaine*, fundamentalísima para la cuestión discutida. Siempre fue Renán poco o nada partidario de la república; nunca admitió que el mejor gobierno fuera el de los más, porque el saber y la prudencia sólo son patrimonio de los menos. Confiar a la multitud la dirección de la política era a sus ojos un absurdo igual a someterle la ciencia y la filosofía. El pueblo está, para él, encarnado en Calibán, el monstruo de los apetitos bajos. José Enrique Rodó le opone el genio de las idealidades, *Ariel*; porque piensa que si la democracia tiene al pueblo como principio y fin de gobierno, también cuenta entre sus medios la jerarquización de los individuos y, gracias a ésta, el imperio del espíritu y las ideas sobre los impulsos groseros de la animalidad.

La experiencia de los Estados Unidos, república

perfectamente constituida y, según él la creía, entregada a un utilitarismo bajo, no pesa nada en su optimismo confiado y seguro. Norte América era entonces mal conocida en el Río de la Plata: se la tenía como nación de presa. Había desmembrado a Méjico, y victoriosa de España, mantenía en sujeción a Cuba. Paul Groussac era intérprete de la opinión rioplatense cuando vituperaba con acrimonia al gran pueblo del Norte por su estruendoso mercantilismo y su culto a la riqueza⁶. Todavía en 1904 había de repetir ese autor los mismos ataques en su libro *El Viaje Intelectual*. Para apreciar la elevación ecuaníme de José Enrique Rodó se puede comparar su *Ariel* con esta obra de Paul Groussac. El examen de Norte América, hecho con escrupulosa imparcialidad, le arranca una protesta contra su presente; pero en ella va envuelta una esperanza para el porvenir. «La obra del patriotismo norteamericano — afirma — servirá a la causa de Ariel en último término».

Es sorprendente que José Enrique Rodó no haya esbozado en su disertación el sistema de república utópica, regida por la inteligencia, que su confianza en los hombres opone al escepticismo incrédulo de Renán. Sus palabras y sus esperanzas sobre el reinado posible de la ciencia y la virtud en la democracia deslumbran, pero no aquietan, la incertidumbre perpleja de los espíritus que evocan sin resultado, contra la política de Calibán, la magia impotente de Ariel. El no ha dicho de qué modo es factible su ideal, cómo pueden convertirse en realidad sus ilusiones. Esta era toda la dificultad del asunto, y ella queda en pie, intacta. También Renán hubiese querido una república

⁶ *Del Platá al Nidgarr.*

sin privilegios odiosos. Lo que él buscó en vano es precisamente lo que José Enrique Rodó no ofrece: el medio de sustituir a Calibán por Ariel en el gobierno de los pueblos.

Tal vez el mismo José Enrique Rodó, cuando escribía, seis años más tarde, las páginas de *Liberalismo y Jacobinismo*, había perdido ya mucho de su fe democrática. Es el mismo su amor del pensamiento, de la libertad, de la justicia; pero en cada línea estalla con violencia irrefrenable la lucha abierta entre los impulsos ciegos de las multitudes y el ideal sereno de la filosofía sólo asequible a los espíritus superiores. José Enrique Rodó tuvo la altivez heroica de señalar bajo su propia bandera un fanatismo igual al contrario: el fanatismo de los que niegan sin razón, opuesto pero idéntico al fanatismo de los que creen sin ella. ¡El, que lo esperaba todo, en la democracia, de la influencia del espíritu y la cultura, dijo entonces a un orador del pueblo que sus éxitos crecerían a medida que bajase el nivel intelectual de sus exhortaciones! Quien así piensa está evidentemente muy lejos de ver en el pueblo una fuente inexhausta de energías fecundas sometidas a la inteligencia, menos todavía una encarnación de Ariel. En *Bolívar*, publicado mucho después que las obras indicadas, la nacionalidad y la democracia son para los pueblos de América, necesidades imperiosas que sólo el genio de un hombre superior realiza. La multitud cuenta en ellas menos que el barro dócil en las manos del artista; es la piedra dura que resistiéndose al trabajo fácil, impone el uso del martillo y hiere con su natural aspereza a quien modela en ella una forma del pensamiento, una alta expresión de la vida.

Nada permite creer que ahora o en un futuro pró-

ximo sea posible el gobierno republicano soñado por José Enrique Rodó. En el fondo, él y su maestro Renán quieren una misma cosa con nombres distintos; los dos claman por una organización social justa, noble, que en vez de permanecer estancada en la ignorancia grosera y el instinto brutal, se desenvuelva sin descanso, con el pensamiento de las inteligencias más dignas y fecundas. El gobierno será siempre de los más aptos para conquistarlo, no de los mejor preparados a ejercerlo. No por esto ha de condenarse a la democracia. Ella es fuerte; ella es, y su existencia es su mejor razón de ser. «En ella somos, vivimos, nos movemos». Nada asegura que un cambio imposible beneficiara a la humanidad. Acabó el mismo Renán por reconocerlo así. «Amo a Próspero, — escribió — pero no a las gentes que lo establecerían en su trono. Calibán mejorado por el poder me gusta más... Conservemos a Calibán». No hay que desesperar de sus destinos; se ha dicho, y tal vez a pesar de todo sea verdad, que las ideas gobiernan el mundo. «Lentamente, pero siempre la humanidad realiza los sueños de los sabios». ⁷

Quizá conviene que la política permanezca cerrada a la intervención directa de los espíritus superiores para que se entreguen por completo, sin trabas ocasionales, a la ideación magnífica y libre. Siempre dará más a la vida humana un libro como *Ariel*, que un decreto firmado por un ministro aunque éste se llamara, por caso no probable en su patria, José Enrique Rodó. No ha habido en el siglo XIX obra política de ningún hombre, semejante por sus efectos a los *Ori-*

⁷ Anatole France, Discurso pronunciado en la inauguración de la estatua de Ernesto Renán en Treguer el 13 de setiembre de 1903.

gines du Christianisme y Renán no fue nada en la política de su tiempo.

MOTIVOS DE PROTEO

Entre *Ariel* y *Motivos de Proteo* es honda la diferencia. José Enrique Rodó abandona el apostolado social por el análisis casuista de la personalidad. Ya no lo preocupa el alma del Continente, sino el secreto de la vida en los espíritus privilegiados con el don singular de un llamamiento a destinos superiores. No será la suya obra de investigación propiamente dicha, ni de invención tampoco. El se contenta con ver al hombre en lo que dicen los libros; es una tarea espaciosa de biblioteca y reflexión. Escudriña, en sus rastros recogidos por la tradición y la historia, el trabajo interior de las grandes almas. Es una visión íntima de la personalidad viviente, simbolizada por José Enrique Rodó en la figura mitológica de Proteo cambiante y diversiforme. Este segundo Proteo, a diferencia del antiguo, no aturde la imaginación con los movimientos bruscos de las aventuras épicas o dramáticas; menos aparatoso, no es por eso menos interesante: se esconde en las mismas fuentes de la vida misteriosa y se transforma en el milagro continuo de una creación original.

Enseña José Enrique Rodó en la primera página de su nuevo libro que «reformarse es vivir»; y al mostrarlo con sagacidad estudiosa y paciente, que ni se fatiga en las dificultades ni descansa en los aciertos, dice las vocaciones, su trabajo oculto, su insinuante inquietud, sus cambios, sus engaños, sus fiebres fecundas, su acabamiento, las influencias delicadas y confortantes del amor, los prodigios de la voluntad om-

nipotente. Nunca espíritu alguno ha aplicado su pensamiento con más libre persistencia a tales temas. No hay norma que lo encierre ni límite que lo detenga. Todo se abre en perspectivas luminosas a la curiosidad diligente de un intelecto dueño absoluto de sí mismo y de una rica sabiduría humana. El autor pasa, y nos lleva, sin apresuramiento, de la reflexión a la anécdota, del cuadro vivo a la filosofía; y no hay cosa del mundo o del hombre que, en llamándola su palabra, no aparezca transfigurada, por la magia del arte, en visión de belleza. Sus evocaciones recrean los pensamientos y las imágenes en una atmósfera de claridad en reposo. Todo se ilumina y concierta en armonía perfecta, aunque libre, bajo el gobierno de una inteligencia soberana.

La vocación tal como Enrique Rodó la describe no tiene, sino excepcionalmente, voz de imperio absoluto. Vive escondida, o más bien, espera un llamado, en el fondo oscuro del alma, para empezar a vivir; y son pocos los que penetran hasta la intimidad del propio ser, y allí la descubren y hacen efectivamente suya. «Ni aun cabe en la mayor parte de los hombres, la idea de que fuera posible saber de sí mismos algo que no saben. ¡Y esto que ignoran es acaso la verdad que los purificaría, la fuerza que los libertaría, la riqueza que haría resplandecer su alma como el metal separado de la escoria y puesto en manos del platero! . . . » Descubierta en el secreto misterioso del alma la inclinación de la personalidad, es nueva empresa, no menos ardua, seguir sin desvíos su ruta ignota y acertar con las aptitudes que ella exige para la realización adecuada y completa de sus inciertos ideales. ¡Tres veces feliz quien bien se conoce y ve con exacta precisión la obra a que su destino lo impulsa, y dispone de las

facultades necesarias para cumplirla! La naturaleza no prepara sino a medias el trabajo del hombre; sus dones, ciegamente repartidos, obligan al esfuerzo. No son frecuentemente parejas la inspiración y la aptitud; para acomodarlas hay que empeñarse en tremendas luchas de heroísmo silencioso contra dificultades que parecen nimias, porque, deshechas, no dejan rastro, y así, tras las fatigas del combate, arrebatan, vencidas, las glorias del triunfo.

La complejidad inabarcable del humano espíritu incesantemente renovado y la riqueza portentosa de la cultura son, a un mismo tiempo, los veneros de la originalidad y la perfección, y las sirtes funestas que las defienden contra los atrevimientos fáciles. Es igualmente difícil y necesario entrar en sí mismo y no perderse entre los demás. Nuestra continua transformación espiritual escapa a la más atenta solicitud; es un microcosmo inexplorable lo que está en nosotros debajo de nuestra conciencia. Por otra parte la vida ha multiplicado tan diversamente alrededor de nosotros los encantos de su versatilidad prodigiosa, que nos arrastra y dispersa, en pos de sus bellezas, con halagos no groseros, sino grandes, que disipan todo lo que somos y hasta la voluntad de ser lo que nuestra naturaleza quiere. Cuesta negarse a una forma cualquiera de la vida, y prestarse a todas es renunciar a la verdaderamente nuestra. El diletantismo es escollo fatal para las almas sensibles al goce de vivir renovándose. El «nos representa hoy en lo mejor que de característico nos queda, y es en algún modo la forma natural de los espíritus contemporáneos, como fueron la intolerancia y la pasión, la forma natural de los espíritus en las épocas enterizas y heroicas». Sólo vale contra el insinuante peligro de sus tentaciones, más fuertes que



todo embate, la voluntad activa que no cesa en el propósito ahincado y firme de mantener incólume en su idiosincrasia, a despecho de los atractivos disolventes, la integridad del espíritu.

Jamás artista alguno ha reconocido en la voluntad el poder enorme que José Enrique Rodó le atribuye. Ella, a sus ojos, fija y encauza la vocación, dirige y escuda la personalidad, conquista y gobierna la aptitud; es, en una palabra, reina y señora de la vida y el arte. Dios mismo no puede tener una facultad más alta.

«Si existes — le dice — como fuerza libre y consciente de tus obras, eres como yo, una Voluntad; soy de tu raza, soy tu semejante; y si existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo a una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo».

Sería absurdo juzgar por estas pocas ideas, entresacadas a *Motivos de Proteo*, la riqueza de la obra. Este resumen presenta apenas, como en esqueleto, algunos de sus puntos fundamentales: es maravilla evidente el trabajo y la abundancia de asuntos con que está hecho el libro. Cada observación trae consigo un recuerdo histórico o un desarrollo imaginario de sucesos o personajes, anécdotas o retratos, que brotan en las páginas por ensalmo de un pensamiento y viven con él para manifestarlo plenamente, como vive en las parábolas evangélicas la enseñanza divina: «Todo se trata en parábolas» — escribe José Enrique Rodó, con Marcos el evangelista, y en efecto, siempre algún relato acompaña el desenvolvimiento de su tesis, ya para probarla con la autoridad de un hecho real, ya para diver-

tir la atención y entretenerla en el descanso de una fábula curiosa y provechosa. Hay en estas invenciones breves y magistrales, que interrumpen el tema sin apartarse de él, un arte sutil y alejandrino, hijo de la erudición inteligente, y retirado, por su delicadeza, de la vida. Destinadas a patentizar un pensamiento son aéreas como éste, y participan de su naturaleza; todo en ellas es de esencia ideal y literaria: el propósito, el origen, los personajes, las situaciones.

Los Motivos de Proteo confirmaron plenamente en José Enrique Rodó el título de ensayista que antes le dieron los opúsculos de *La Vida Nueva*. «Libro en perpetuo devenir» lo llama él mismo en la primera página, y dice que es libro sin «arquitectura», «abierto sobre una perspectiva indefinida». La amplitud del tema por una parte, y por otra, muy mayor, la manera prolija de tratarlo, deteniéndose para desenvolver a capricho, en capítulos independientes, muchísimos puntos incidentales, han dado en efecto, a la obra, cierta apariencia fragmentaria, de curiosa originalidad. Es como un templo monumental, de conjunto inacabado y sin embargo lleno de primorosos detalles, donde, abandonada a medio hacer la albañilería, hubiesen los decoradores concluido con minuciosidad extrema los trabajos ornamentales. Gonzalo Zaldumbide encuentra en *Motivos de Proteo* cuatro o cinco libros diferentes, y opina que hubieran estado mejor que en un solo tomo abigarrado, en otros tantos folletos de igual dimensión que los tres de *La Vida Nueva*. Aunque hay en realidad un pensamiento central desarrollado a través de la obra entera, es lo cierto que, página tras página, cada idea constituye por sí misma un motivo libre de composición aparte. Es por eso difícil, hasta con la más lenta lectura, dominar de una vez la significación

de varios capítulos. Ni es el volumen para leído sin largas treguas, ni puede seguramente darse razón total de él sin muy trabajosa diligencia.

La erudición es su más importante elemento de fondo. Montaigne se complacía en acumular a sus meditaciones los recuerdos de sus lecturas. José Enrique Rodó une de igual manera, en gran acopio, a las ideas, el tesoro de su cultura literaria. Esta es más extensa que profunda y segura; así, para citar ejemplos de un solo capítulo, presenta a Salomón con todos los rasgos de la tradición bíblica, sin reparar siquiera en los trabajos de la crítica moderna a pesar de la contribución ingente que llevó a ella su maestro preferido, Renán; incurre en palmarios errores acerca de Alfonso el Sabio, a quien atribuye, con el escaso discernimiento de una información rancia, todas las empresas de su tiempo; y sigue aceptando como cosa indudable que *La Vida de Lazarillo de Tormes* se debe al copetudo magnate Diego Hurtado de Mendoza. En *Motivos de Proteo* defectos de esta clase no tienen consecuencia alguna sobre el pensamiento; porque José Enrique Rodó más bien que fundar en los hechos que invoca, nuevas doctrinas, hace de ellos, como las invenciones poéticas, una simple ilustración de su enseñanza.

Tampoco es mérito primordial de este libro, que trata del espíritu, la explicación psicológica. Si por acaso ofrece alguna originalidad sobre el asunto, ella está perdida entre las ideas más corrientes de la ciencia vulgarizada. Se engañan grandemente quienes repiten, por falsas conjeturas sobre accidentales puntos de contacto o de semejanza, que las nuevas interpretaciones bergsonianas informan las tendencias de nuestro autor. Es, por desgracia, de lamentar que eso no sea; porque la orientación de aquella filosofía hubiera dado a *Mo-*

tivos de Proteo un sentido y un alcance de consecuencias infinitas.

Se ha citado entre otros, a propósito de este libro, a Montaigne, Emerson y Maeterlinck. Todo él muestra, en efecto, una curiosidad psicológica y cierta especie de incitación moral con algo de los escritores nombrados; pero sería inútil buscar en sus páginas las confidencias íntimas y el universal interés de Montaigne, la arrebatada transcendencia de Emerson, la aprehensión sutil para lo misterioso, en la naturaleza y el espíritu, de Maeterlinck. José Enrique Rodó nunca excede los términos ordinarios de la inteligencia cultivada. No hay pues que pedirle ni adivinaciones ni atrevimientos.

Por lo que hace al fondo, en *Motivos de Proteo* se limita a recoger y ordenar casos y consejos para estímulo de las vocaciones que se ignoran o se pierden. En una lección incansablemente repetida, sobre el estudio y cultivo propio, destinada a la educación del espíritu. Cabe preguntar si tal obra llena un objeto. Le niega una opinión corriente la eficacia directa y omnímoda que debió de atribuirle su autor; y efectivamente, ni es de creer que en su prolijidad acierte cada uno, entre mil y mil indicaciones inadecuadas, con la receta de posible provecho a su estado, ni aun logrado eso, puede esperarse de una lectura, como no sea por excepción, el impulso decisivo que fija y lleva a realizarse un destino. No hay casuismo válido para determinar inclinaciones individuales, y es por fuerza, muy pobre personalidad la que se prepara y compone con normas ajenas. Maurice Barrès instauró con diabólica y refinada ironía, para la exaltación del egotismo, una disciplina inspirada en los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, donde al examen de con-

ciencia sigue, con meditaciones, coloquios y oraciones, la contemplación reflexiva de los que él llama «intercesores», hombres modelos de fineza. Es una imitación perversa de las prácticas religiosas en los retiros conventuales. Bajo su exterioridad aparatosa, esta pedagogía encierra un conocimiento sutil de los procesos psicológicos. Ella no pretende amoldar a un tipo abstracto las idiosincrasias diversas; antes por el contrario, su fin es intensificar y robustecer las tendencias íntimas con la admiración de los grandes hombres afines. ¿Por qué no producirán los *Motivos de Proteo* un efecto semejante? Porque, mientras Barrès busca en los «intercesores» el estímulo eficaz de una vida espiritual encarnada en tres o cuatro seres extraordinarios, José Enrique Rodó hace difícil toda orientación con la solicitud excesiva de sus múltiples indicaciones.

Decir que la vida es renovación perpetua vale de igual modo para que celosamente extraigamos a la hora actual de nuestro desarrollo toda su virtualidad o para que abandonemos por transitoria la hora presente al cambio inevitable. Mostrar cuán fácil es el error sobre nuestras propias facultades y cómo un suceso inesperado rompe a veces, de pronto, la certidumbre engañosa de una falsa vocación, es indistintamente motivo para escudriñar con vigilancia constante el secreto siempre dudoso de nuestro ser o para confiar su descubrimiento a un acaso posible siempre. Así podría contestarse punto por punto el libro entero; más ¿no ocurriría lo mismo con otro cualquiera de su índole?

Estimamos en la vida más que a la imitación que repite, la espontánea originalidad que se liberta. Nos choca por eso cuanto asume sobre nosotros el imperio de una dirección impuesta. Preferimos el río de curso caprichoso y orillas cambiantes, al agua encauzada en

canales geométricos. Este amor de lo natural, cuando se trata del espíritu y sus manifestaciones, se retuerza con un valor de otro carácter, que es el amor de la sinceridad: nos repugna como hipocresía lo que parece estudiado. Queremos pensar que las almas superiores se hacen solas, libres, aun bajo la influencia incontrastable de la tierra, del tiempo y de los hombres. Por eso, un libro destinado a formarlas, como son los *Motivos de Proteo*, nos parece, a despecho de todas sus excelencias, cosa artificial y equivocada. No hay más lección de vida que la vida misma, ni mejor manera de ser que la espontaneidad natural. Grandeza aprendida es indefectiblemente falsa grandeza.

Puede producir cualquier obra la revelación de una virtud oculta; pero es más fácil este efecto en la sorpresa casual de un descubrimiento inesperado que en el estudio prolijo y sometido a ese intento. Acudirán muy pocos a *Motivos de Proteo* en busca de un efecto semejante, y sin embargo, para él fueron compuestos. Los aprovecharán mejor quienes soliciten sólo el deleite de la belleza asociada a nobles ideales. No encontrarán en otras páginas de nuestra lengua, más abundante, más claro y puro, el placer de razonar con reflexivo entusiasmo sobre los altos destinos del hombre. Es una efusión feliz de seriedad filosófica y arte sutil, que mezcla ideas y anécdotas, recuerdos literarios y cuadros originales, paisajes y retratos. Domina en todo el libro un sentimiento de grave respeto por la vida. La impresión de austeridad que él infunde se templó siempre en el gusto de la armonía delicada y de las formas agradables.

Incapaces de comprenderlo todo en esta obra compleja, son muchos los que se afanan por mostrarse entendidos elogiando únicamente y sin mesura las pa-

rábulas. Es corriente la opinión que señala como superior entre éstas a *La pampa de granito*, acaso porque la bárbara exageración de sus cuadros pone más en claro el propósito de la fábula o porque ella parece, a los pocos expertos, la misma sublimidad. Por fortuna están hechas las otras parábolas con mejor gusto y menos artificio. Tiene, en *La pampa de granito*, la figura del viejo, el relieve escultural y duro de la estatua de piedra; pero todo, acción y sentido, es, fuera de eso, en el relato, extralimitación y desvarío. ¡Desgraciados quienes hagan de las facultades lo que el viejo adusto de esa parábola con sus pobres hijos exangües! Más vale el reposo de la muerte que ese tormento dantesco del esfuerzo sin alegría. Nunca ostenta la imaginación de José Enrique Rodó la ingenuidad, propia de una poesía espontánea, de las parábolas evangélicas; la fineza del arte oculta, sin embargo, frecuentemente el trabajo de la creación bizantina, y siempre una intención de noble filosofía exalta, al más alto grado, el valor de estas escenas. En ellas se compenetran la sabiduría y la poesía; ellas constituyen las mejores partes de *Motivos de Proteo*, aquéllas en que un pensamiento egregio, para arraigar más firme y vivo en la memoria y el corazón, ha animado un episodio humano.

EL MIRADOR DE PROSPERO

La preocupación constante de José Enrique Rodó — habrá que repetirlo una vez más a propósito de su última obra — fue siempre el americanismo. Intentó, primero, despertar su tradición olvidada, en varios artículos, y con ellos quiso, al mismo tiempo, suscitar un movimiento de cultura creadora. Dio después for-

ma, en *Ariel*, a su ideal de vida americana. En *Motivos de Proteo*, aunque en términos de universal amplitud, pensando sobre todo en América, llamó al trabajo todas las fuerzas perdidas en el abandono de las almas indiferentes a su propio destino. Acabada esa tarea de promoción americanista, ideó, para coronar su empresa, un provento de apoteosis a las más grandes figuras del Continente. De él nacieron su *Bolívar* y su *Montalvo*, que son en *El Mirador de Próspero*, con *Juan María Gutiérrez y su época*, sus trabajos de mayor aliento.

Eran también aquellos dos trabajos, los que su autor prefería entre todas sus producciones. Los compuso con amor satisfecho del tema; porque en Bolívar y Montalvo admiraba a dos hijos de América iguales, si no superiores, en su género, a los máximos próceres del Viejo Mundo. Es precisamente la veneración lo que inspira sus páginas: sería un error llamar estudio a su *Bolívar*: es un elogio. Apagó en él y en Montalvo su ansiedad fervorosa de grandeza. Había hasta entonces vivido en función de maestro, empeñado en levantar esfuerzos con su prédica optimista. A los pueblos jóvenes había dicho la esperanza activa de una juventud eterna. A los hombres había señalado, en el secreto de las almas, para que en la suya cada uno la descubriera, la fuente oculta de una originalidad viva. Sus palabras no tuvieron la virtud milagrosa de transformar a las naciones. Hubiera sido locura esperarlo; con todo, el aplauso unánime y clamoroso tributado a *Ariel* y *Motivos de Proteo* parecía indicar una acción más honda y efectiva que el simple asentimiento o la sola complacencia literaria. La influencia de José Enrique Rodó fue, a pesar del ruido hecho con su nombre, puramente académica. El so

halló. al cabo de los años, en una sociedad ajena a sus ideales. Nunca juzgó, por eso, vana su exhortación entusiasta: confió al porvenir la eficacia que el presente le negaba. El mismo había escrito: «Todo el que se consagre a propagar y defender en la América contemporánea un ideal desinteresado del espíritu — arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas — debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir». Tal vez para consolar su corazón lastimado en la mezquindad y pequeñez de su tiempo, tal vez para ofrecer al mundo un testimonio de la capacidad americana, y a los americanos el estímulo de los grandes ejemplos, buscó en lo pasado las glorias soberbias de una América triunfal.

Tuvo el designio de trazar, con sendos retratos, una galería que a todas las repúblicas hispánicas diese representación en la fisonomía de un prohombre. ¿Por qué empezó tan lejos de su patria? Acaso Artigas, más íntimo y profundo que brillante, no seducía su imaginación de literato más afecto a la elegancia que a la fuerza. Quizá también la obra reciente de Juan Zorrilla de San Martín lo disuadió de un propósito que parecería rivalidad chocante; y sin embargo, no hubiera sido inútil, para la memoria de Artigas, la palabra en que José Enrique Rodó confirmase y transmitiera a los pueblos hermanos, con un mensaje de gloria, la verdad sobre el héroe calumniado.

El prefirió iniciar con un prócer de más vívido carácter la glorificación de América. Ninguno se encontrará más apropiado que Bolívar. No ha hecho José Enrique Rodó un relato de su vida, sino la semblanza del personaje. Para mejor fijarla, con el relieve de las contraposiciones, evoca junto a él, en clásico paralelo, la figura templada y circunspecta, del general

San Martín. Cautivan su admiración en Bolívar el conjunto diverso de las aptitudes y la instantánea viveza de los arrestos. Político de pensamiento audaz y, a la vez, caudillo de ejecución decisiva, personifica en sí a la Revolución Americana en su doble carácter institucional y guerrero. Pertenece a la ciudad por su formación esmerada, y su personal arrojo lo coloca, en la campaña, a la cabeza de las gentes incultas. La educación europea lo ha dotado de la más fina urbanidad sin amenguar en nada su ingénita braveza criolla. Es el alma de una epopeya tumultuosa. Enciende a las multitudes en el fuego de sus pasiones, y las conduce, obedientes, a luchar por la realización de un nuevo destino. Se yergue sobre el contraste de las derrotas con altivez invicta; corre al peligro, y en el peligro hace suya la victoria incierta. No hubo en su tiempo ambición más difícil y grande que la suya: quiere a toda nuestra América unida en un solo pueblo libre. Quebranta un pasado secular: rompe en su patria la opresión extranjera, y lleva consigo la libertad a cuantas tierras pisa. Es la que él anda, sin caminos entre los pueblos aislados, la tierra maravillosa de América, suelo de cataclismos y de fertilidad estupenda, bosques vírgenes, infinitas soledades, montañas altísimas, aguas de torrentes en ríos procelosos, profundos lagos dormidos en la paz de las cumbres, hielos y nieve perpetua bajo el sol tropical. Funda repúblicas y sueña un imperio. Grande como es en la guerra y la política, se inclina a los halagos de la mujer y de las letras: sabe hacerse amar y gusta de escribir frases de arrebató genial y gentil pompa. En la historia de nuestro Continente él es, por excelencia, el Libertador; en su raza no tiene par. Más humano en la sencillez del corazón, más puro en la modestia de su

vida, de otra estirpe, su único igual en grandeza activa dentro del Nuevo Mundo es Washington.

Para hombre tal José Enrique Rodó era todo entusiasmos. No pretende analizar su espíritu; no cuenta paso a paso, ordenadamente, su existencia; no mide, tampoco, el alcance verdadero de su acción magnífica. Señala apenas, dispersamente, a grandes saltos, los rasgos prominentes del héroe cuando, en la confusión de los sucesos contrarios, estallan fulminantes, como relámpagos que deslumbran y aturden, sobre el desconcierto de las muchedumbres atónitas. «Varón estético» llama a Bolívar; y escribe con orgullo: «Es el barro de nuestra América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalar de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad».

Dos aspectos ofrece la obra de José Enrique Rodó, uno social, otro literario. La preocupación americana llena casi por completo el primero; a él corresponde, en *El Mirador de Próspero*, su *Bolívar*. El culto de las letras, el amor de la palabra, hace que, en el mismo libro, elija a Montalvo para asunto de otro elogio americano. Después de su *Rubén Darío*, éste es su único trabajo de importancia sobre un escritor. Aquél, según sus propias expresiones, había sido un ejercicio de gimnasia, un ensayo de flexibilidad intelectual. Rubén Darío no satisfacía sus anhelos más hondos; carecía, a su juicio, en la época de *Prosas Profanas*, de interés humano³. En Montalvo, por lo contrario, ve

³ José Enrique Rodó no aprobó nunca los *Cantos de Vida y Esperanza*. Le oímos decir una vez que, de tener que juzgar esa obra, habría sido severo con ella. El arte en Rubén Darío pudo seducirlo cuando le ocultaba el alma del poeta; pero no bastó siquiera para contentarlo, cuando reveló desnudamente las agitaciones y miserias de un corazón gastado en

«la típica representación del escritor, en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone». Sólo es igual una cosa en los dos personajes estudiados: el arte de la expresión, la pulcritud de la forma. A los ojos de José Enrique Rodó no hay tras esto, en el poeta, más que una curiosidad exquisita de superficial y rara belleza; en cambio, la producción de Montalvo encierra en sus páginas, inquieta y vivísima, el alma entera de un hombre excepcional y con ella, mezclada a sus afanes, a sus luchas, a sus derrotas, a sus triunfos, la historia de un pueblo americano que se debate contra la tiranía y se educa para la libertad. La crítica en *Rubén Darío* es el paseo de un jardín, la visita de un invernáculo, en *Montalvo*, quiere ser la resurrección de un prócer en su medio.

Causa natural extrañeza que el autor describa en este ensayo, como cosa vista, lugares que no ha contemplado nunca, y no ha podido conocer, por consiguiente, sino por referencias: así, la región de Ambato, donde nació Montalvo, y Quito, centro de la sociedad y foco de la vida en que él actuó. El riesgo de la artificialidad era manifiesto en semejante pintura. La acometió, sin embargo, para que nada faltase en su trabajo, hecho para ser definitivo. No es ella un mero adorno; aunque por sí misma atrae y retiene la atención en su magnificencia, está allí como elemento activo en el proceso de la existencia humana. Siéntese ésta más débil ante el paisaje enorme. Los terremotos, frecuentes, anonadan la obra y el espíritu de la civilización. El indio, esclavo de la miseria, es allí una

desórdenes. Lo que estimábamos nosotros, por íntimo y humano, sobre todas las cosas de Rubén Darío, en nuestros *Motivos de Crítica Hispanoamericana*, a él le parecía indigno de un arte superior.

sombra triste. De su fácil libertad anterior a la conquista española, ha pasado a una servidumbre abyecta, y en ella perdura aniquilado. Se le desprecia y maltrata: es un cuerpo ruin, de explotación más cómoda que las bestias de carga porque se presta dócilmente a labores múltiples y más complejas. De su condición terrena sólo se ocupa la religión para resignarlo y someterlo con la promesa de una justicia reparadora y la amenaza terrible del infierno. Tampoco hace nada por él la república. Velan el letargo de la ciudad los conventos, que, por caridad reglamentada, alimentan con sopa boba a la indigencia sumisa. Son cosa de ellos la común instrucción y la Universidad. No habría prevención más hábil para conjurar los peligros de la inteligencia contra la fe si las trabas y artimañas valiesen con el pensamiento más que para enconarlo. Tal vez sea el despotismo la mejor escuela de la libertad. En él templó Montalvo su espíritu rebelde.

Compendiosamente expone José Enrique Rodó las vicisitudes políticas del Ecuador hasta el momento en que Montalvo levanta su voz airada contra García Moreno. No le parece mucho, para introducción de un artículo sobre aquél, la historia entera de su patria. Sobre García Moreno escribe con respeto, sin duda porque, entre los tiranos, fue excepción de grandeza por su austeridad, por su heroísmo y su abnegación a la causa de su credo, pero acaso también porque sin él hubiese faltado un incentivo de majestad a la pasión desbordante de Montalvo. «Montalvo — dice — es, en la faz civil y militante de su historia, el enemigo de García Moreno. Como Sarmiento para Rosas, para García Moreno, Montalvo. No le era indigno en talla al enemigo, ni se trabó la lucha en campo falto de interés ideal». Es de ver cómo cita con orgullo colmado las

soberbias frases lapidarias del escritor enardecido contra el déspota devoto. Admira en sus palabras el arma victoriosa de un duelo a muerte entre el derecho y la fuerza, entre la espada y la pluma. Pensaba que en donde todo está por hacer o aún hay algo que cumplir en el orden social, es ministerio indeclinable de los mejor preparados la dirección y vigilancia de la causa pública, y Montalvo, vehemente en cuanto emprendía, y hasta el último extremo cuando tropezaba con oposiciones de ajena voluntad, supo conciliar, en el más recio encono de la polémica, su extremada pulcritud de literato con el interés de la política. En él se daban juntas, conformes y conspicuas, las virtudes que José Enrique Rodó exigía de los americanos. Ambos sintieron por su patria y por toda la América española un solo amor igual y grande, que no era ciega idolatría de su pasado ni entusiasta apego a su presente, sino la esperanza de un destino altísimo en la historia de la humanidad. Cifrabán su continentalismo en la formación de una conciencia nueva. Pueblos nacidos bajo la advocación de los principios sociales más generosos, abastecidos pródigamente con las riquezas naturales de un territorio inmenso, nuevos entre las naciones de cultura más adelantada, sin compromisos de interés ni odios heredados, ningunos fueron más favorecidos, ningunos están más inexcusablemente obligados a enaltecer la vida humanizándola.

Montalvo no sufre dilaciones al cumplimiento de ese deber: altivo como un grande de España, disertó como un retórico, terco, sesudo, pronto, anatematiza a carcajadas, con acritud violenta y estigmas imborrables, a los espíritus reacios.

El, por su parte, es siempre el hombre de letras a quien los buenos libros hacen vivir, sobre las contra-

riedades y miserias del momento. en compañía de las grandes almas escogidas por su admiración. Tiene más presentes a los héroes y literatos que a sus vecinos y conciudadanos. Como habituado al trato de los clásicos, se expresa clásicamente, con la sintaxis del Siglo de Oro pulida en el siglo XVIII. Se diría que pretende mostrar al mundo cómo un americano es capaz de competir victoriosamente con los españoles en el más genuino manejo de su idioma.

Celebra José Enrique Rodó en Montalvo, con mucho encarecimiento, la cultura amplísima y el dominio del lenguaje. Son dos cosas raras en América, donde falta ambiente para el estudio y el habla común es pobre y menguada herencia de rudos conquistadores y colonos. El problema de la cultura reviste en América ingente importancia. Somos europeos por nuestro origen y tenemos las instituciones más liberales del mundo; pero la masa de nuestra población se halla intelectualmente más atrasada que cualquier pueblo de Europa. No se propaga entre nosotros, como en ésta, el espíritu de la civilización. Los esfuerzos individuales se pierden aislados, sin fundirse en un impulso común; no hay entre ellos continuidad ni entroncamiento; independientes unos de otros se hacen difíciles y estériles. Montalvo, si no es su acción política, nada tiene de americano; sería intento inútil buscarle antecedentes fuera de España y de la universal tradición clásica. Literariamente es extraño a su tierra hasta cuando la describe y rememora a los héroes de su emancipación; y no podía ser de otro modo, ya que no había manera propia de América en el arte y no entraba en sus miras el proyecto de crearla. Amigo de la perfección, se vio precisado a adquirirla en el estudio de los autores castizos, eludiendo cuanto cabe en lo posible, toda in-

fluencia regional. Reunió, así, a un fuerte amor de América una sobresaliente aptitud de hablista. Era lo necesario y suficiente para lograr de José Enrique Rodó un culto apasionadísimo.

Nunca supo éste admirar sino comprendiendo; su crítica literaria, igual en esto para *Montalvo* que para *Rubén Darío*, es en lo esencial el análisis del escritor hecho mediante su obra explicada en cada uno de sus elementos. El descubre en Montalvo, bajo el desorden indiferente al desarrollo del tema, el ímpetu fácil de un ingenio vivaz y revoltoso. Entre las más grandes cosas, el autor, que las trata, olvida unas por otras, y con frecuencia a todas para acordarse de sí mismo. Tiene eso de Montaigne dice el crítico, y en seguida señala, como otro capricho de su genialidad, su expresión desusada, en formas de otras épocas. Tópico es éste en que José Enrique Rodó se para atento. El también estuvo empeñado en el propósito de conquistar para su pensamiento un lenguaje condigno; pero fue diferente la orientación de uno y otro en la misma empresa: Montalvo se propuso resucitar para sí el buen español antiguo; José Enrique Rodó quiso escribir un castellano que pudiera ser hoy y mañana el idioma de toda América. Aquél se volvía al pasado; éste pretendía adelantarse al porvenir; el primero es todo arcaísmos; el segundo, una aspiración de modernidad. Por eso aunque aplaude José Enrique Rodó, como singularidad anacrónica, la prosa de Montalvo, no la recomienda.

Traspuestas las condiciones más extensas y visibles, de plan y lengua, persigue el crítico la definición del escritor estudiado, en el discernimiento de sus cualidades. Advierte desde luego su amor de la belleza plás-

tica y sensual, revelado en descripciones incontables de héroes, mujeres, paisajes y toda especie de objetos.

Hubiera deseado que a este gusto de la hermosura uniese el interés por las ideas. «¿Fue pensador Montalvo?» se pregunta, y como a su pesar, reconoce que la pasión de partido hizo de él un luchador tan sin tregua obligado a contender y de tal modo hecho a la actitud de pelea, que da en ella por inclinación natural hasta cuando parece más distraído y ocioso. Su inquietud combativa es alacre. Diestro en mandobles y punzazos, los asesta de buena gana y riendo. Tiene la risa franca, fuerte y noble, que es signo de salud y superioridad. Ríe de sus enemigos y de las cosas bajas, con risa de burla y desprecio; ríe con socarronería maliciosa los engaños y malaventuras del amor; lo regocijan el donaire, el desenfado, la gracia y la picardía. Ríe alto, a la española, como grande. «Caballero de punta en blanco», es siempre digno: de todo razona con ligereza: de todo se divierte con facilidad; pero si por acaso un recuerdo o la ocasión le depara el encuentro de una grandeza humana, es de pronto el espíritu grave, altivo, de arrebató generoso, que siente con orgullo la prerrogativa de la conciencia y el gobierno de la vida.

No es inútil para acabar de conocer a José Enrique Rodó esta consideración somera de sus admiraciones máximas. Bolívar y Montalvo son dos encarnaciones de su americanismo, glorioso en la actividad política el primero, distinguido el segundo en las letras, grandes ambos por el aliento denodado y heroico. Bolívar es la conciencia de la unidad americana que se adelanta al destino en un sueño majestuoso. Montalvo, solo y desamparado, señorea la cultura clásica y el idioma de Castilla como ningún español de su tiempo.

Grandeza moral, americanismo, cultura: eso quiso inculcar a sus coterráneos, eso buscó y celebró en los próceres del Continente, eso fue José Enrique Rodó.

SU ESPIRITU

Nadie disputó a José Enrique Rodó su primacía de crítico hispanoamericano. Fue para todos un «maestro» con doble título a ese dictado por la excelencia de su arte y por su influjo de pensador. Era efectivamente entre los americanos el más capaz de trabajar con maestría de belleza en los dominios de la filosofía.

«La crítica — escribe Anatole France — es en el orden cronológico la última de todas las formas literarias; ella acabará posiblemente por absorberlas a todas. Conviene admirablemente a una sociedad muy civilizada, rica en recuerdos y de tradiciones ya largas. Es particularmente propia de una humanidad curiosa, sabia y culta». José Enrique Rodó fue crítico en una sociedad sin cultura ni interés por la vida intelectual. Recuérdese cómo habla de ella en Montalvo: «Para las altas cosas del espíritu, toda esta América española ha sido, en escala mayor, soledad de villorrio». Fue esta situación afligente lo que determinó su carrera literaria: había una gran empresa que intentar en bien de América: era preciso despertar su pensamiento, su conciencia de Nuevo Mundo, y José Enrique Rodó se puso a realizar empeñosamente ese propósito.

La investigación histórica propiamente dicha no lo atrae ni satisface: apenas le dedica, al principio, la diligencia indispensable para reunir y dar a conocer brevemente, en páginas dispersas, los anteriores ensayos de americanismo. No le interesa lo que antes se

ha hecho sino por su relación posible con lo que ha de hacerse; mira al pasado para encarar mejor el porvenir.

Su crítica no es un eco de voces muertas, ni tampoco un fallo de inútil apreciación literaria. Comprender y hacer comprender, esto es lo que él quiere. Empieza como vigía del pensamiento para acabar en educador de espíritus y pueblos. Su literatura va orientada a la política y la moral. Una aspiración espiritualista emerge de su descontento bajo el imperio del positivismo en la filosofía, del naturalismo en la novela, y del parnasismo en la poesía. Su inquietud se adelanta, en clamor de espera, al ideal necesario: *El que vendrá*. Advierte rumbos todavía indecisos; presiente el advenimiento próximo de *La Vida Nueva*. Entre tanto él, con su mensaje, prepara la revelación inminente de la era feliz. Remueve ideas; ilustra inteligencias; propaga una aspiración de cultura, el entusiasmo por las cosas nobles. Se forma a su rededor una atmósfera de intelectualidad literaria; se hacen corrientes en ella las tendencias de modernos filósofos y exquisitos artistas. El alma pensante de América es en 1905 muy otra de lo que era diez años antes, y en ese cambio tiene parte principalísima la obra de José Enrique Rodó.

Poco o nada es nuevo en ésta; no se desvive su autor por la originalidad; muy joven todavía, renuncia para siempre a la creación personal por sumirse en el estudio gozoso de la producción ajena. Supo concebir y practicar la crítica a manera de fruición, según lo demuestra cumplidamente su *Rubén Darío*. El análisis no agota su emoción: la intelectualiza y aguza. No se admira bien sino cuando se ha comprendido, hasta donde es posible, el misterio de la belleza. El no lo

ignora: partidario del arte social y humanitario, ha sentido y explicado con simpatía y acierto a Rubén Darío, poeta celoso del arte puro extraño a toda intención útil o moral, como ningún otro poeta americano lo había sido por el más adepto crítico de su escuela.

Decía Anatole France que sus artículos recogidos en *La Vie Littéraire* son las aventuras de su alma en viaje a través de los libros. José Enrique Rodó, grato a la exactitud de la expresión, pide lugar en la crítica para «un episodio cualquiera de esos viajes que llamamos lecturas». Es significativa y clara la diferencia del pensamiento bajo la semejanza de la fórmula. Para uno la impresión caprichosa y libre lo es todo; para el otro es a lo sumo una licencia consentida o excusable. Hubo un momento en que José Enrique Rodó, seducido por la magia de *Prosas Profanas*, se creyó casi un diletante y se mostró dispuesto a seguir, acompañando a todos los poetas, los caminos diversos de la belleza irresponsable. Su *Rubén Darío* fue sin embargo, sólo una excepción en su obra. Nunca se prestó de nuevo al encanto de la poesía que aparta de la acción como las sirenas y las quimeras. Ariel iba a triunfar en su espíritu sobre las sugerencias del arte peligroso. *Ariel* es arte y deber. Entregado a su culto, José Enrique Rodó convierte su trabajo en ministerio social.

Ve en América la tierra de promisión para los más altos sueños de los hombres: en ella no tiene la historia — el pasado — ningún título que oponer a los derechos del porvenir — el ideal: la vida, sin norma que la aprisione y violenta, puede realizar los más atrevidos pensamientos. Mientras en Europa la democracia y la república se debaten contra organizaciones consolidadas por veinte siglos de existencia,

aquí nada se les resiste, y parecen las formas resultantes de un desarrollo necesario. ¿Qué falta para que sea un hecho esta esperanza? Falta que ella encarne y florezca en el corazón de los americanos. José Enrique Rodó cree en los milagros de la palabra y predica el evangelio de América bajo la advocación de Ariel y con evocaciones de Renán y Guyau. Hay quien hace derivar sus tendencias espirituales de Boutroux y Bergson; es indudablemente un error: la influencia de estos filósofos no había llegado aún a Montevideo, ni quizá a parte alguna de América, en 1896 y 1899, cuando en *El que vendrá* y *Rubén Darío* hacía el autor su profesión de fe idealista. Su actitud cambia apenas desde entonces. Taine y Renán son siempre sus maestros predilectos; más próximo al primero que al segundo por la calidad de su espíritu, prefiere sin embargo la especulación libre y diversa de éste al dogmatismo cerrado y seco de aquél. Se contenta con hacer prácticos, en su aplicación a la vida, los principios de una filosofía generosa.

Su nota personal es una constante insinuación estética en los problemas de la política. Todo lo aprecia y quiere que sea apreciado con «entendimiento de hermosura». Busca en los artistas, en los poetas, en los pensadores, grandes ideales, y se consagra a infundirlos en los hombres para amoldar con aquéllos la realidad. «¿Qué es el verdadero crítico —pregunta Oscar Wilde —sino aquél que lleva en sí mismo los sentimientos de mil generaciones y a quien ninguna forma del pensamiento le es extraña y ninguna emoción desconocida?» José Enrique Rodó hubiera aplaudido con orgullo esta definición; pero habría también reivindicado para el crítico el ministerio de una acción efectiva sobre la sociedad, contra la opinión del

mismo Oscar Wilde, que dijo: «No hacer nada es la cosa más difícil del mundo, la más difícil y la más intelectual... El elegido vive para no hacer nada. La acción es limitada y relativa. Ilimitada y absoluta es la visión del que se sienta tranquilo y observa o del que camina en la soledad y sueña». José Enrique Rodó hacía que los sueños de la soledad fuesen un fermento de labor entre los hombres.

El no soñaba sino leyendo: todo su pensamiento lo debe a los libros. Para escribir algo necesitó siempre un motivo o una inspiración ajenos. Había anunciado que su crítica sería a veces «una impresión, una producción refleja de arte, una nota de simpatía, el eco personal de un sentimiento que vibra en el alma de los tiempos». Producción refleja, eco de los tiempos: no podría calificarse de mejor manera la obra de José Enrique Rodó.

Cuesta descubrir en ella la nota personal que él prometía. Dijo en la última página de *Motivos de Proteo* que en ellos está su alma, que «el libro es su verbo fiel y tiene su acento. El libro y ella son uno: un libro que se escribe, o es papel vano, o es un alma que teje con su propia substancia su capullo». Después de esta declaración parecerá fácil a quien no lo haya intentado, el descubrimiento del autor a través de su obra. La empresa es ardua sin embargo, lo mismo para los detalles exteriores que para la intimidad y los caracteres esenciales de su espíritu. Leed en el capítulo CLVII cómo describe la llegada turbulenta del invierno, y creeréis que el escritor vive en el campo, entre árboles, con un molino de aspas al alcance de la vista, junto a un largo camino polvoroso, por donde pasa tarde a tarde una moza con su vaca. Leed sus consideraciones sobre los viajes, y acaso lo tendréis por un peregrino

perpetuo. Os engañaría esa doble presunción: residía José Enrique Rodó en el viejo centro de nuestra ciudad, y sólo muy rápidamente había recorrido del mundo, cuando eso escribía, las calles más concurridas en tres o cuatro capitales sudamericanas. Como en la fábula virgiliana, serían acá necesarios los consejos mañosos de una Cirene astuta para aprisionar a este nuevo Proteo sin forma individual y más inaprehensible que el antiguo.

Cuando se estaba preparando la «Biblioteca de Obras famosas», José Enrique Rodó, solicitado su concurso, eligió para ella, y no sin causa, la parábola de *Los seis peregrinos*. Eran todos jóvenes y paganos, la palabra del maestro Endimión los convirtió al cristianismo. Un mismo pensamiento, que les pareció vocación común, los llama un día a predicar a su vez el evangelio de Cristo en la ruta seguida a través del mundo por las conquistas de Alejandro. Y juntos los seis discípulos, marchan a encontrarse con su maestro en el punto convenido para la partida; pero sólo dos llegan al término fijado. Cuatro han desistido de su primer propósito a lo largo del camino: uno, por compasión de los hombres a quienes hubiera tenido que abandonar; otro, por amor del arte y de la belleza paganos; el tercero, por los afanes materiales de la vida; el último, sin motivo aparente, que también es real motivo, por desgano, por desilusión, por cobardía, por abandono a la naturaleza. Sólo arriban, pues, al lugar convenido Agenor, que peregrinó como sonámbulo, absorto en su fe, ciego y sordo al mundo y a la vida, e Idomeneo, que se detuvo, complaciente y complacido, con los otros discípulos, para ayudar a los que sufren y a los que trabajan, para oír el canto del poeta y gustar el espectáculo de la tierra fecunda.

«Y así, junto al maestro que representaba para ellos la verdad, inmunes a las tentaciones a que habían sucumbido los discípulos que, veleidosos o cobardes, no continuaron el camino, partieron Agenor, el entusiasmo rígido y austero, la sublime obsesión que corre arrebatada a su término, con ignorancia o desdén de lo demás, Idomeneo, la convicción amplia, graciosa y expansiva, dueña de sí para corresponder, sin mengua de su fidelidad inquebrantable, al reclamo de las cosas, el convertido de Atenas, que, de paso para su vocación, supo atender a las voces con que lo solicitaron, la caridad, el arte, el trabajo, la naturaleza, y que, de las impresiones recogidas en lo vario del mundo, formaba, alrededor del sueño grande de su alma, un cortejo de ideas...»

Si en alguna parte de su obra está José Enrique Rodó, es en este cuento, y es también indudable que él se ha visto a sí mismo en el peregrino de vocación segura y alma hospitalaria y noble. Nadie le contestará nunca, no ya la amplitud de espíritu que da entrada a cuanto se llega a él o cruza a su paso y alcance, sino tampoco, y esto es mucho más, su ardor entusiasta por saber íntimamente de todo lo humano. Sin embargo, si es posible una fusión entre el alma de Idomeneo y la de Lucio, el peregrino a quien el arte del cantor oído en la mitad de la jornada embelesa y cautiva con las ficciones de un ideal maravilloso, en esa mezcla se hallaría, mejor que en solo Idomeneo, la representación exacta de este escritor. En Lucio hay una apostasía, y no es por cierto en ella donde puede encontrarse la semejanza aludida; pero hay también como un encantamiento absorbente del arte: la belleza de creación humana triunfa en él de la realidad y la vida, y aquí, en esta sumisión del espíritu al poder inmenso de la poesía, si se la atenúa y corrige convenientemente por la subsistencia de una vocación personal, puede y quizá debe reconocerse uno de los resultados que ha producido en el pensamiento de José Enrique

Rodó su cultura extraordinaria. El dirá contra Lucio, con Idomeneo, después de haber escuchado al poeta: «Tu fe era débil; yo siento magnificada y victoriosa la mía; yo guardo para mí el dulzor del canto, y como se arroja la corteza de la almendra, desecho la vanidad de la ficción»; él mostrará con orgullo entre «el cortejo de las ideas formadas con las impresiones recogidas en lo vario del mundo», «el sueño grande de su alma»; porque, efectivamente, en su espíritu seducido por la contemplación perpetua de la belleza artística, la fe propia persiste fecunda y entera, y se traduce en obras activas. Esto, con todo, no impide que para él sea el pensamiento ajeno una cosa tan próxima siempre a su pensamiento como la realidad y la vida. En el cortejo de las ideas que acompañan el sueño de José Enrique Rodó, son tanto como las flores del camino, o tal vez más, los recuerdos literarios. La suya es, más bien que flor de naturaleza, flor de sabiduría.

SU ESTILO

José Enrique Rodó no se contenta, en efecto, con exponer las cosas como las hubiera sentido a no conocer en el arte una característica expresión de ellas. Las dice con doble trabajo y mérito, sin faltar en lo más mínimo a la exactitud, y al mismo tiempo recordando en su forma, de algún modo, las notas relevantes que filósofos y poetas han asociado al asunto. No se puede ser un pensador moderno sin estudios vastísimos; siempre se estaría en el mismo punto de arranque si por exigencias de una originalidad absoluta y mal entendida hubiese que excluir de la propia labor las conquistas ajenas. La extrema cultura es condición ineludible para quien no se resigne a ser en lo

intelectual un rezagado. Hay por otra parte doble placer en percibir sobre lo nuevo el reflejo de lo antiguo.

El verdadero crítico multiplica en su espíritu, con los recuerdos atesorados en las obras leídas, las impresiones que recibe: los ruidos exteriores despiertan en su memoria, como un eco, enseñanzas ilustres; cada nota del mundo resuena para él con el acorde humano de una música hecha de pensamiento y de belleza. José Enrique Rodó está definido en estas frases. Nadie tiene como él, entre cuantos hablan castellano, el don singular de exprimir en sus obras, sin romper la armonía de las ideas, la riqueza de una erudición, no seca y árida a la manera de los cadáveres preservados contra la descomposición pero abandonados a la muerte, sino viva y amable como las vírgenes resucitadas en la frescura de su juventud o como aquella Bella Durmiente del Bosque igual, después del sueño centenario, a la novedad de la primavera y de la flor. «Perdura en las paredes del vaso — escribe él mismo en *Motivos de Proteo* — la esencia del primer contenido; de modo que el licor nuevo que viertes, se impregna de esa esencia; y cuantas veces mudas el licor, tantas otras veces se mezcla, con el aroma propio del nuevo, el dejo del que fue servido antes que todos». Al expresarse así evoca a Renán, y asocia en sus palabras, al sentido claro de una idea nueva, la impresión vaga y dulce del maestro amable y de su filosofía resumida en su dicho célebre: «Vivimos del perfume de un vaso vacío». Tal otra frase, para citar ejemplos distintos al anterior, exhibe en su agudeza el ingenio penetrante y artificioso de Gracián, la severidad fastuosa de Saavedra Fajardo o el gracejo y la arrogancia de Montalvo. Aunque por excepción, tal vez única, estas influencias extrañas llegan a informar todo un

capítulo en *Motivos de Proteo*, ¿Acaso no parecen de G. Martínez Sierra, y no podría el alma de éste disputar por suyas, al arte magistral de José Enrique Rodó, las dos páginas del capítulo XV, tan frescas, tan suaves, tan efusivas en su familiaridad, tan corrientes y claras en su fluidez?

La riqueza de una erudición derrochada sin miramientos y el gusto de imprimir en las ideas las cualidades que hubiesen adquirido al pasar por el pensamiento de los escritores predilectos y así dotarlas, en su novedad preclara, de un timbre de ilustre alcurnia, son, en las producciones de José Enrique Rodó, notas de refinamiento o diletantismo, algo así como la parte que pudiera tomar Lucio en las empresas de Idomeneo. Se comprende que él cuide la vocación como lo predica en sus *Motivos*, por el peligro en que está la suya en ese empeño mortal de asimilaciones sucesivas y continuos cambios; se comprende también que, no siéndolo en el fondo, parezca a veces un simple diletante, porque tiene sin la esencia del diletantismo, muchas de sus condiciones y caracteres; y se comprende por fin que, no sintiendo sobre su esfuerzo la dirección de un marcado temperamento personal, requiera la vigilancia segura de la voluntad atenta a preservar su labor de todo extravío.

José Enrique Rodó no es un escritor espontáneo, de expansiones fáciles y vuelo arrebatado. La reflexión serena, cualidad de filósofos que distinguió en el mundo, con eterna juventud, a la madurez de Grecia, es el carácter eminente de su obra lozana y vigorosa. Toda ella está iluminada por una radiación clara de ideas encendidas en el calor del entusiasmo y meditadas con sosiego de gestación perfecta.

El señorío de la inteligencia imperturbable se ex-

tiende en ella a todas las cosas y las aquieta con orden supremo, en lúcida armonía. Ningún desconcierto de inhabilidad o abandono altera su equilibrio clásico. No es solamente exterior o formal esta aptitud del artista: quien es sobre todo capaz de una labor inteligente en las letras, suele trabajar con preferencia en cosas del entendimiento, y así lo hizo siempre José Enrique Rodó. Sus primeras producciones fueron de estudio sobre la literatura; casi contemporáneo de ellas, aparece *Ariel*, que inicia su apostolado filosófico: literaria y filosófica, la obra entera de José Enrique Rodó tiene siempre un fin educativo o práctico: no deleita sólo por el placer de la belleza; antes mira y persigue como principal objeto la enseñanza educadora del espíritu.

Su prosa tiende al principio a la amplitud oratoria. Redondea el período por el gusto de la altisonancia, y sólo admite la brevedad con el golpe de efecto. La tendencia a lo grande se marca en la escritura de *El que vendrá* con el uso pródigo de las mayúsculas en palabras como Vida, Pensamiento, Arte, Pintura, Objetividad. Busca, para las ideas, imágenes expresivas, no por natural inclinación, sino con estudiado propósito, que nunca traduce la impresión directa de las cosas, y sin embargo presta figuraciones retóricas a lo que no ofrece aspectos sensibles. La influencia de Rubén Darío, cuando escribe su estudio sobre el poeta, decide un cambio radical en su manera. Por un momento quiere ser entonces colorista y se empeña en dar a su frase la viveza de las sensaciones. Con *Ariel* reaparece naturalmente en su obra el tono oratorio, que no es ya como antes árido y seco. El conocimiento de Guyau lo induce a la efusión cordial y simpática. Del mismo Guyau aprende a convertir la doctrina en cuentos y episodios. Adopta sin embargo, la actitud solem-

ne, definitiva en él, del maestro que enseña, del apóstol que predica. Su estilo progresa notablemente en *Motivos de Proteo* para las descripciones y parábolas. Adquiere en ellas una pureza extraordinaria de sentido, cierta levedad como de transparencia en unos casos, la fuerza de las masas monumentales en otros. Al mismo tiempo se hace difícil, y tal vez pesado, en la exposición de ideas. La forma de su *Bolívar* y su *Montalvo*, que él estimaba sobre cuanto había hecho, tiene de sus primeras producciones el gusto de la grandilocuencia, y debe a Montalvo y Martí su fuego arrebatador, su ardor nervioso, su alada intensidad. Hay detalles, como la omisión del verbo y del artículo, nunca usada antes de los *Motivos*, muy rara en éstos y frecuente después, que denotan a las claras el influjo de aquellos dos célebres hablistas americanos sobre José Enrique Rodó.

Es verdaderamente heroico el esfuerzo tenaz que trabaja sus obras hasta agotar, antes que su constancia, su posibilidad de mejorarlas. Necesita de la misma inexhausta voluntad que lo mantiene en su labor encarnizada, para desprenderse de ella y entregar insatisfecho aún y siempre, la página definitiva.

«Imaginar lo perfecto y esforzarse hasta la heroicidad por alcanzar un rayo de su lumbre, pero no lisonjear este amor contemplativo con la esperanza de la posesión, porque es amor de estrella que está en el cielo; alimentar el sueño de perfección, limitándolo por la experiencia y el sentido de las propias fuerzas, para saber el punto en que la tensión a que las sometemos, ha agotado su virtualidad y después de la cual toda porfía será vana; y llegado este momento, acallar los demonios burladores y malignos que en gárrula bandada nos bullen dentro de la imaginación, mofándose de lo que hemos hecho y excitándonos a romperlo o abandonarlo; quemar en tal instante las naves de la voluntad ejecutiva y obligarse a terminar la obra y a confesarla por propia ante nuestra conciencia»

cia y ante los demás, como se confiesa y reconoce al hijo sin mirar lo que valga; ése es el modo — es él quien así habla — como el sueño de perfección pueden conciliarse con la actividad resuelta y fecunda».

José Enrique Rodó no componía y escribía al mismo tiempo sus libros. Concebía primero la idea madre, el plan; iba después apuntando muy lentamente, poco a poco, en pequeñas hojas, a medida que le pasaban por la cabeza, los pensamientos oportunos. Así formaba, en páginas hacinadas, el material, la cantera de sus futuras extracciones proficuas. Esta parte de su labor le era fácil: de él exigía únicamente el cuidado necesario para sorprender y fijar las ideas que brotaban, muchas veces inesperadas, solas, sin antecedentes conocidos, prontas a dispersarse como nacieron. Seguía a esta primera etapa, otra que era, al contrario, de lucha tremenda: la redacción, la escritura. Ella está descrita por el autor en *La gesta de la forma*.

Largos años de asidua y exclusiva dedicación a las tareas literarias hicieron de José Enrique Rodó, con sus naturales dotes, uno de los más hábiles escritores castellanos. Fue en su época el supremo artífice de la prosa americana. Su estilo es un prodigio de maestría. En él cultiva preferentemente la dicción correcta, la construcción de la frase, más que la virtud expresiva de la palabra, aunque diga y crea otra cosa cuando, señalando sus propósitos en los trabajos de la forma literaria, se confiesa empeñado en «devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y en henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a demediar, en la sintaxis y en el léxico». Nada habría que agregar en este punto a lo ya dicho si la complejidad excesiva de su escritura

no fuera a veces motivo de confusión y dificultad. Su frase, con frecuencia demasiado larga, se hace inaprehensible o distrae y pierde en los miembros incidentales de una construcción recargada, la atención que se necesita para abarcarla en su conjunto. Este es su mayor defecto; él deslucen en muchas partes el mérito sobresaliente del estilista; hace trabajosa para todos su lectura, y para muchos, aunque no lo declaren, inasequible su inteligencia. Hay escritores de suprema perfección al alcance de todos aunque sea para pocos el placer de gustarlos íntegramente; así, en España, Fray Luis de León, y en Francia, Renán. Ambos tienen el tipo de frase cuyo sentido va desarrollándose progresivamente de manera musical. La frase de José Enrique Rodó es de otro tipo; no es la música sino la arquitectura lo que puede dar una imagen para representarla. El sentido no se va haciendo poco a poco en ella, según se desarrollan y suceden sus miembros: para comprenderla es necesario haber percibido juntas todas sus partes. Por eso puede ser comparada a un edificio: tiene efectivamente la armonía estable de las líneas que se traban en concreciones fijas, no la armonía vaga, libre y ondulante de la concepción musical.